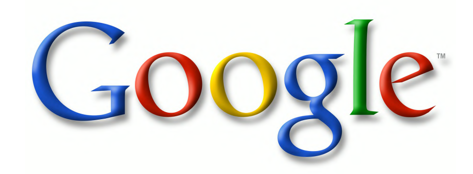
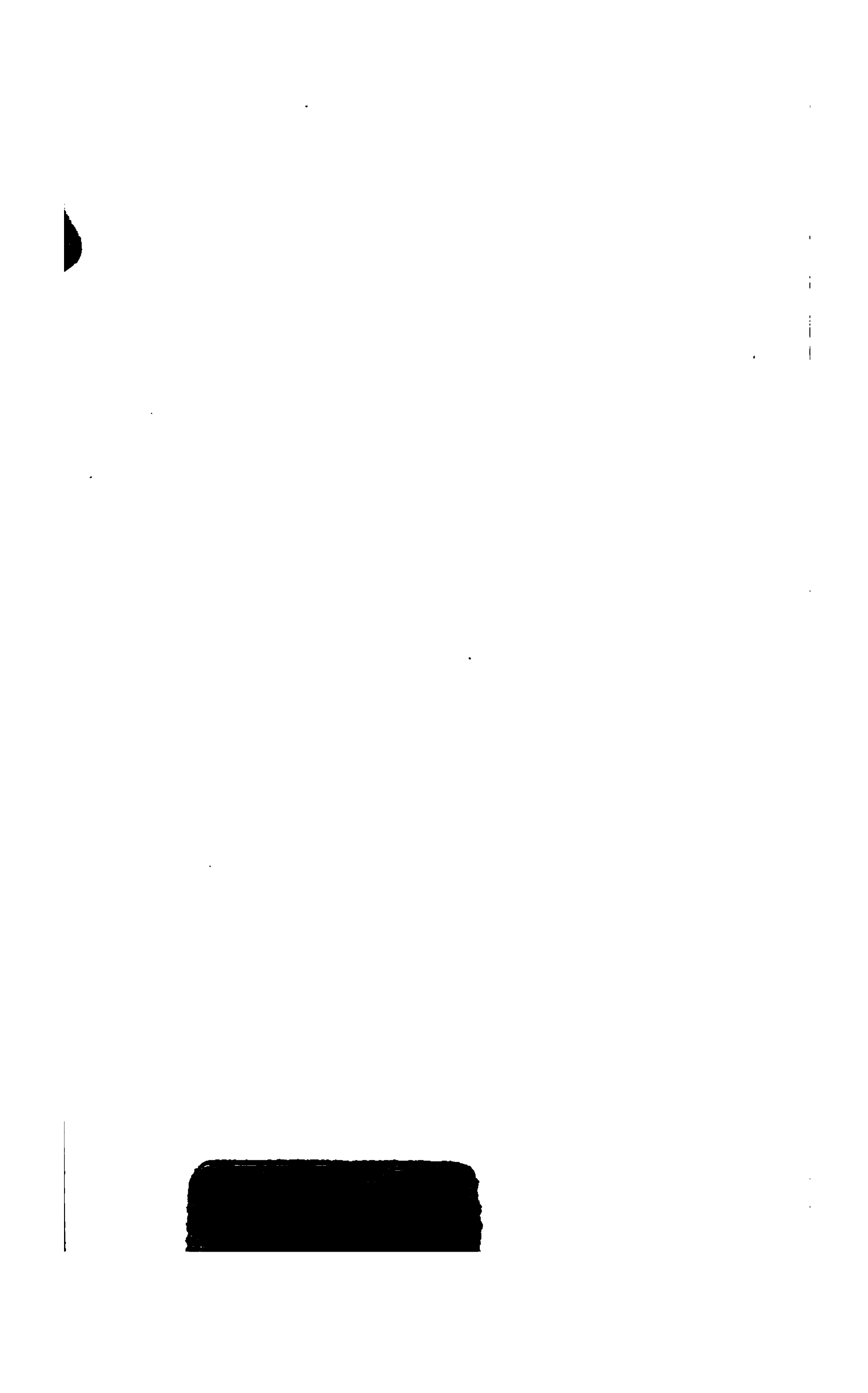


Manuel H. San Juan

El Señor Gobernador



Precio del ejemplar, en México, $0. 75. cs.

Narraciones Mexicanas

EL SEÑOR GOBERNADOR

Breves apuntamientos
sobre cosas nacionales del siglo pasado

POR

MANUEL H. SAN JUAN

CON UN PROLOGO

DE D. LUIS GONZALEZ OBREGON

"A dignioribus est inchoandum."
[Palabras tomadas de una
ley antigua.]

MEXICO.

TIP. Y ENCUADERNACIÓN [illegible]

Primera Pila Seca núm. 318

1901

Narraciones Mexicanas

EL SEÑOR GOBERNADOR

Breves apuntamientos
sobre cosas nacionales del siglo pasado

POR

MANUEL H. SAN JUAN

CON UN PROLOGO

DE D. LUIS GONZALEZ OBREGON.

"A dignioribus est inchoandum."
[Palabras tomadas de una ley antigua.]



MÉXICO
IMPRENTA Y ENCUADERNACION DE M. NAVA
Primera de la Pila Seca núm. 318.
1901

PROLOGO.

EN pocas páginas y tamaño pequeño encierra el presente libro de Manuel H. San Juan, un cuadro completo de costumbres mexicanas provincianas y de tipos políticos nacionales, apenas bosquejados en algunos capítulos de las novelas de *Facundo* y de *Sancho Polo.*

El Señor Gobernador es antiguo conocido nuestro, pues se presentó por primera vez en las columnas del *Cómico,* y si entonces gustó mucho, gustará más ahora, porque el autor lo ha retocado y añadido, y no es lo mismo haber hecho su lectura en aquel semanario, con largos intervalos, que seguidamente y en la forma que hoy se imprime.

Manuel H. San Juan, *Sanjuanito*, como le llaman todos por su estatura y por afecto, tiene bastante reputación literaria en toda la República para que yo me detenga en elogiarlo, y esta obra confirma la opinión formada acerca de su ingenio festivo y de su prosa fácil, que cautiva por que no tortura el entendimiento con palabras rebuscadas ni con metáforas nebulosas, tan en boga entre los novísimos y exóticos escritores que han constituido un grupo de desequilibrados.

El Señor Gobernador está exento de tales defectos. Su estilo travieso y deleitoso, retrata de cuerpo entero, sin afearlos ni embellecerlos, á todos y cada uno de los tipos de provincia que han impresionado la retina y la imaginación del joven literato, autor del libro.

Qué observación tan continuada haya necesitado para redactar su obra, la apreciará sin duda el que como *Sanjuanito* haya vivido en los Estados, en poblaciones lejanas de la Capital, donde nacen, crecen, se agitan y multiplican los protagonistas de esta producción, plena de verdad y de color, que hace sonreir por la gracia de su

estilo, pero también meditar por lo que tiene de hondo, de trascendental......

Yo no llamaría novela á este libro, porque es demasiado serio el asunto en su fondo, ni tampoco estudio social, porque es demasiado ligero el molde en que se ha vaciado. En cambio, debe considerársele como documento interesantísimo para lo porvenir, como anticipo á la historia, como cuadro ameno de costumbres que da cabal idea de quienes gobernaban, allá en el siglo pasado, algunas entidades federativas, tipos caricaturescos, que también tuvieron sus pigmeos *augustanos*, sin ser locos ni artistas como Nerón, sino prosaicos como *Sancho*, el escudero del inmortal manchego, aunque careciendo de la cordura con que empuñó *Panza* las riendas de su ínsula..

Desde que vino al mundo de las letras *El Señor Gobernador*, muchos á porfía han querido verse aquí aludidos, sin que tan perniciosa intención haya tenido el inocente autor, que como uno de tantos aficionados se lanzó por necesidad ó por gusto, á remotas tierras, provisto de su cámara y demás chismes; y allí donde encontraba un alto personaje, un jurisconsulto, un estadista, un orador, un poeta, un ca-

mino, un edificio, un banquete, una estátua, una reunión ó un baile; allí afocaba, preparaba convenientemente sus placas, para imprimir fotografías, que hoy exhibe al público, sin preocuparse de las fisonomías ni posturas de los retratados, que al verlos algunos muy bien pueden decir—con su pan se lo coman—*ese soy yo, aquél es mi compadre, aquí está mi pueblo......*

Luis González Obregón.

A los que la presente vieren

Me complazco en seguir la discreta usanza de los antiguos maestros, declarando con verdad y antes de que se empiece "por la señal de la Santa Cruz" la lectura de este libro, que, si algo hay en él que parezca ó sea contradictorio á las creencias religiosas; ya se trate de las que define y mantiene con inquebrantable fé el Santo Padre de Roma, ó las de los Vedas, Zoroastro, Mahoma y otros de su linaje; si algo hay que se juzgue ofensivo á las más puras doctrinas, se repute, desde luego, por falso, contrahecho, no escrito, ni dicho, ni mucho menos imaginado. No quiero que me inscriban en el Indice, ni que me condenen por fautor de herejía y pravedad, y sean dignas mis obras de ser arrojadas al fuego. La misma *jurisprudencia* deseo que se aplique en lo que atañe á cosas de moral y relativas á las buenas costumbres. Porque "el respeto al derecho ageno es la paz," y estoy muy lejos de diputarme cómplice, coautor ó amigo de quienes se empeñan en la obra pecaminosa de la corrupción de las gentes y hasta de los dichos y usos de los mundanos. Me confieso partidario de las buenas ideas, las buenas obras, las buenas formas, y los nobles ejemplos. Abomino, por lo tanto, del "género chico," las funciones por tandas, los bailes á escote vil, el juego y los suicidios que son su natural consecuencia. Mi libro es inocente y honrado. No empañará la castidad de la doncella, ni alarmará la recta vigilancia de la madre de familia, ni turbará la honesta quietud de la viuda y la grave circunspección del caballero; es un libro bonachón, burgués, que desea tener vía libre por donde quiera y hasta ser leído y comprendido por los ilustres jóvenes, que, ocupados en el loable ejercicio de manejar automóviles y estudiar las abstru-

sas cuestiones que al espíritu investigador ofrecen los inescrutables secretos del *Baccarat*, jamás disponen de tiempo ni voluntad para la lectura y otros entretenimientos de la misma hebra.

Hécha esta explicación, los errores que contenga mi obra, cárguense á la cuenta de mi ignorancia; sus defectos achàquense à mi escasez de luces; su incorrecto estilo, á la torpe mano que la escribió y su desaliño à que parte de ella fué destinada á un periódico y tuve que redactarla con plazos perentorios y circunscribiéndome al espacio determinado que habían de ocupar sus capítulos; téngase todo esto entendido para que no se tilde al autor de haber abrigado torcidos fines, ni dañosos intentos.

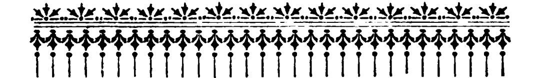
Una parte de esta obra, como llevo dicho, se publicó hace tiempo, bajo pseudónimo, en las columnas del *Cómico*, formando una serie de artículos que fueron brillantemente ilustrados por los reputados artistas Alcalde y Olvera, bajo la dirección del Sr. Murguía editor del periódico. La aprobación que alcanzaron entonces, y el consejo de numerosísimos amigos que me han indicado la conveniencia de volver á dar á la estampa aquellos artículos, me mueve á reimprimirlos, agregando á los ya conocidos, el número de capítulos indispensables en la obra, para harmonizar y completar el plan novelesco de los asuntos que trata.

Esto es cuanto tenía que decir (y ya es demasiado) respecto á "El Sr. Gobernador." No es un advenedizo, sino un antiguo conocido del público que le prodigó su benevolencia. No he dado à este libro el título de novela, porque sería inmerecido, no conteniendo más de la deslucida relación de cosas enteramente vulgares, sin que las preceda muy maduro análisis, ni entrañen espíritu tendencioso.

Si el volumen que lanzo al mercado literario se vende, bueno; si los lectores lo reciben con el agrado que ambiciono, tanto mejor; que con salud se los remunere el cielo y *laus Deo*.

México, 1901.

M. H. San Juan.



CAPITULO I.

Bajo relieve del frontis.

POR las principales calles de la capital de México, discurría y se solazaba hace algunos años, un caballero de busto legítimamente indígena, estatura poco más que mediana, recio de carnes, apostura marcial, aire arrogante; ya maduro por los años, todavía verde por sus miradas á las mozas, afeitado como un clérigo, luciendo «la curva de la felicidad» y desbordando sobre el cuello de la camisa, amplio y carnudo colodrillo.

Vestía el tal un traje á la moda corriente, con levita de amplios faldones que nunca abandonó, lo mismo que el invariable sombrero de copa, y un bastoncillo ó caña grácil que hacía verdadero contraste con la corpulencia de su dueño.

Se le veía cuotidianamente en el paseo, comía de vez en cuando en las fondas de más notoriedad, tomaba con hora fija el

ordinario "aperitivo", largaba algún piropo á las bellas transeuntes, como sintiendo exacervaciones de una codicia sensual ya agonizante, y hablaba con sus amigos, de antiguas batallas.

Tenía muchos conocidos, departía con parsimoniosa verba, y en los giros caprichosos de la conversación, ni llegaba á los extremos de la cólera, ni descendía, sino muy de tarde en tarde, á las intemperancias del lenguaje.

Era, por su porte, militar, por su cara, presbítero, por sus ademanes, un labrador corregido y aumentado, que, magüer ostentara atildadísimo traje y tuviera el aspecto de los hombres de pró, despedía de cerca y de lejos, un tufo peculiar que indiferentemente podía venir de troje, matorral ó establo.

¿Saben vdes. quién era este sujeto?......

Nada menos que la personalidad política de que se hablará en los capítulos siguientes.



CAPITULO II.

Contiene el génesis y el éxodo del Sr. General D. Candelario Aceituno, personaje conspícuo.

ERA Don Candelario el natural y bien sazonado fruto de una tierra que en otro tiempo fué teatro donde perpetró mil desafueros el demonio de la revolución. Los rasgos de la fisonomía de nuestro héroe, así como los de su carácter, denotaban muy claramente que la sangre de los aborígenes, mezclada en sus venas con otras que fué acarreando, como producto de aluvión el curso de varias generaciones, pedía á "gritos" la reivindicación de santos derechos, en nombre de muchas razas de oprimidos."

No importa averiguar dónde nació aquel hombre señalado por destinos providenciales para inauditas empresas; ni viene á cuento suponer de qué árbol genealógico arrancan las primeras ramas de su desconocido, pero, seguramente, ilustre entroncamiento.

Si ha dado pocos quehaceres á los inquisidores de abolengos el nombre gentilicio

de los Aceituno, subsanan ventajosamente su primitiva obscuridad, los novísimos esplendores de más recientes hazañas.

¡Ah! sí,.... yo protesto con la mano puesta donde más cómodamente colocarse deba, que no hay que confundir los Aceitunos del General con otros cuyas "generales" aquí no constarán. Filigonio Aceituno, preso por abigeato en Tamazunchale; Plutarco, del mismo apellido, que ejerció de *comparsa* en una benemérita y ambulante compañía de zarzuela; Tomás, el que resultó bien muerto por una puñalada en el hipocondrio, (que lo dejó intestado y sin que nadie se presentase á reclamar su cadáver de la plancha del anfiteatro;) todos los dichos Aceitunos y otros, que no es preciso anotar, nada tienen que ver con el modesto ciudadano que cubre con sus laureles las páginas de esta verídica historia.

Cuando el buen Candelario era jóven, quizás artesano, probablemente campesino, lo arrastró, como á muchos otros, el vendaval tremendo de los pronunciamientos y las revueltas políticas. Dicen que anduvo por distintos rumbos formando parte de una gavilla de hombres de pelo en pecho; cuentan que después apareció coronel, mandando unas partidas de caballería ligera, tan ligera, que por más dolores de cabeza que le ocasionaban á los gobiernos de entonces, jamás las tropas

regulares pudieron dar caza alguna vez á Don Gandelario y su mesnada.

Aquí viene á perderse el rastro de nuestro protagonista, para resurgir con distinta aureola su bizarra figura en las guerras por la libertad y autonomía de la patria.

Si antes le colgaron al Sr. Aceituno milagros que de ninguna manera atestiguan su olor á santidad, como, por ejemplo, saqueo de ranchos, préstamos forzosos impuestos á las haciendas, y el haberse incautado de tal ó cual conducta con detrimento del comercio, debe asegurarse que ninguna de estas aventuradas especies ha sido legalmente comprobada. Además ¿quién puede medir ni limitar el alcance de los dardos que arrojan la envidia, la maledicencia y la calumnia?.....

....

De todos modos y en cualquier supuesto en que nos coloquemos, de ninguno con más justificación que del general, pudiera decirse que:

"su atroz codicia, su inclemente saña
crimen fueron del tiempo y no de España."

Así pues, no hay que perderse en sospechosas conjeturas; la vida y postrimerías del General Aceituno pueden revelarnos el siniestro empeño á que obedecen las inculpaciones de sus enemigos. Lo vemos en calamitosos días poner su sangre y su espada en aras de la patria; lo vemos

durante su corta permanencia en cierta villa, conocer y amar con todas las potencias y sentidos á bella y agraciada joven, Doña Claudia, con la que contrajo vínculo sagrado é indisoluble.

Don Candelario fué siempre muy mexicano, y por ende, "muy hombre" y muy patriota. A buen tiempo dejó los partidos, restringiéndose al modo de vivir más acomodado á su carrera. Su placer único: la equitación; su vicio inveterado, que tenía tardías intermitencias: el juego de gallos. Borró anteriores máculas el trato y la cortesanía de las ciudades, y sistematizó su vida la severa disciplina del ejército á la que llegó á someterse con decidida voluntad.

Es cierto que en las milicias, algunos malquerientes lo tatuaron, *per sécula seculorum*, con un apodo repulsivo, "el apache;" pero también es público y notorio que en la sociedad fraternal "Hijos del Progreso" todos le llamaban "el hombre de corazón."

En el mundo masónico era conocido por "el hermano Epaminondas;" en la vida civil le saludaban generalmente con estas familiares palabras que envanecían su espíritu belicoso:—"Adiós, mi general."

Conste, pues, que debe importar un pepino á los que esta narración sigan, el origen y antecesores de su personaje principal. Amén de las razones antes apun-

tadas, bastaría para confirmarlo el hecho de que vivimos en una república democrática, representativa y popular, dónde la progenie del ciudadano en nada mengua, desvirtúa ó realza los méritos de sus actos.

No me atrevo á decir que cada uno se declare hijo de sus obras, porque erradamente se le daría tal carácter al que las hace ó ejecuta; pero sí deseo que vaya desterrándose la rancia preocupación de una mal llamada aristocracia en la que más se atiende á los elementos fisiológicos que á la generación de las prendas morales y en la que se supone también, falsamente, que los pergaminos pueden autorizar, sin desdoro, la licencia, la holgazanería y el despilfarro. Todo individuo puede ser el fundador de su propia nobleza, haciéndose el verdadero padre de sus virtudes.

Lo demás es gollería.



CAPITULO III

Con varias anotaciones pedagógicas que importa conocer para la exacta explicación de los sucesos que más tarde se verán.

DÓNDE adquirió nuestro héroe los principales rudimentos de la enseñanza elemental y algo de la secundaria?......¡que despeje la incógnita el más desocupado de sus biógrafos!

Para acometer con denuedo la solución de tan peliagudo problema, se hace necesario establecer una distinción. Es un hecho que Don Candelario había guardado en la caja fuerte de su tesoro intelectual el pequeño ahorro de los conocimientos que constituyen lo que se llama "las primeras letras; "pero....¿quién saldrá fiador de lo demás?

En un principio, la existencia infeliz del ser más abandonado por la fortuna; luego, la vida errabunda del hombre de armas; siempre de aquí para allá, eternamente alerta, sin cesar vigilando los movimientos del enemigo. Azorado por la eventualidad de las sorpresas, apremiado por la necesidad de las marchas; unas veces tras el matute, otras con el contraban-

do; hoy á campo raso, mañana en la caverna; en ocasiones humedecido por las lluvias, diariamente tostado por el sol y acosado por el hambre; antaño con la banda, ogaño con la guerrilla.......¿qué se puede aprender así?

Y sin embargo, no poco se aprovecha del conocimiento práctico de los hombres y las cosas. Topografía ramplona, pero utilísima para las acometidas de improviso y las retiradas engañosas; datos meteorológicos sometidos á los procedimientos de inducción rudimentaria, verificados á lomo de bestia y en virtud de los cuales se conoce y pronostica, por el aspecto del cielo, el tinte de los celajes y la cerrazón del nublado, toda clase de cambios atmosféricos que importan mucho á la comodidad del hombre trashumante.

¿Y qué me dicen vdes. de los recursos ingeniosos para resolver dificultades sobre el terreno, el ojo infalible para reconocer huellas y las reglas seguras para no equivocar el "rastro de la vereda?"....

¿Y quién niega lo provechoso que es conocer las virtudes de las plantas maravillosas, cuya infusión ó maceración, apacigua fiebres, calma dolores, cierra pústulas y reduce á su primitivo nivel el plano de las hinchazones? ¿Quién redarguye de supercheria la ciencia inequívoca de curar todo linaje de padecimientos caballunos? ¿Quién tilda de inmorales, dado el caso de que nieguen en las rancherías los

mantenimientos indispensables para la gente, el industrioso ardid de capturar una gallina sin que lance ¡desgraciada! comprometedor cacareo?......

Pues en todos y cada uno de esos ramos del saber humano era doctor graduado el Sr. Aceituno y (cosa rara) casi nunca llegó á vanagloriarse de su vasta y peregrina sabiduría.

Los vaivenes de la fortuna lo condujeron más de una vez á *dirigir* la ruleta en varias ferias notables; fué también administrador de un mesón; anduvo con una partida de carros, ocupado en el tráfico y los fletes.

Siempre su espíritu emprendedor y activo halló el medio seguro de llenar cumplidamente las soluciones de continuidad que dejaban las sediciones y planes revolucionarios.

Si estaba perseguido ...se lo tragaba la tierra y ya podían echarle un galgo.... Si era vencedor, se mostraba implacable con los traidores y piadoso y afable con los valientes.

Alguna vez usó de la fuerza y el rigor; repetidas ocasiones abusó de su clemencia y sentimientos generosos.

Su incorporación al ejército, después de prestar buenos servicios como voluntario, fué para D. Candelario Aceituno, principio laudable de un régimen ordenado en su conducta y fuente abundantísima de nuevas y provechosas enseñanzas.

El viejo repertorio de refranes y decires del vulgo, fué acrecido por ideas de cuño legal, aunque desatinadamente expresadas.

Eso sí; el buen hablar fué toda la vida para Aceituno un enemigo contra el cual jamás logró una victoria; la Gramática era fortaleza inexpugnable de que no pudo apoderarse el valeroso adalid.

La copla favorita de su archivo lírico, que tarareaba en ratos de buen humor, demuestra en su sencilla expresión el porqué de todas sus deficiencias intelectuales:

La vida del *melitar*
es del cigarro la vida:
consumirse en fuego y *jumo*
hasta adejar la colilla......



CAPITULO IV.

El autor se dirige al lector con motivo de un punto que no debe tocarse.

¿OSAS tenemos, señor mío? No es nada lo del ojo. ¿Que yo deje una vez por todas de andar buscando opiniones y fabricando hipótesis, más ó menos arriesgadas, y que saque á lucir la hoja de servicios del esclarecido prohombre cuyos hechos ha de pregonar la fama vocinglera? ¡Nunca! ¡Imposible! ¡Primero vería yo desquiciarse el firmamento!

Claro ¡Perezcan los archivos, pero que se salve lo que debe flotar por siempre sobre las ondas de la indiferencia universal! . . . .

No insista vd, señor; no apure mi paciencia. Yo no iré á revolver cartapacios en las secretarías de Estado para saber los detalles de la jornada de Barranca Honda, ni del encuentro de Palo Seco, ni de la derrota habida en el Cerro del Chirivicoque ¿Que ésto importa mucho y es muy pertinente al asunto que nos distrae? ¡Bueno . . . . . ¡que lo sea! ¿y qué?

Sírvase vd, decirme, apreciable caballe-

ro ¿qué se saca de los expedientes oficiales? Polvo siempre....alguna vez polilla.

No, señor, hay hojas de servicios que deben respetarse como los libros sibilinos que custodiaban cuidadosamente los decenviros de la antigua Roma. Hay papeles vedados al profano que son de trascendentales consecuencias. ¿Me explico bien?

Y no es que á la "hoja" de mi general le falten algunos grados sobre cero; ni que delate cosas que hiedan á deshonor ó menosprecio......¡Eso jamás!

Pero ¿para qué dar tarea estéril á los jefes de sección y andar revolviendo legajos?

Si todo lo que hay allí ya se sabe; si lo que cuentan de una causa instruida por abuso de autoridad, es quimera, es un proceso puramente *psíquico* que solo existió en el magín de los charlatanes......

No, ni una palabra más. Fuí acérrimo partidario de Aceituno, y no permito se haga ademán, ni se profiera palabra que tienda á empañar su limpio nombre.

¿Sacar á público examen y juicio la hoja de servicios de mi general? ¡Primero el tormento! ¡Primero la horca!......

Eso no ha de ser aunque me crucifiquen.

Yo le suplico á vd., lector amigo, lector hermano, lector piadoso; yo le ruego, con el mayor encarecimiento y hasta de

hinojos ante la estatua de Cuauhtemoc, que me releve de tan enorme compromiso.

Es un asunto delicado, de suma gravedad....hasta de conciencia. Viene á tener la importancia de un secreto profesional, quizás de un secreto de Estado.

¿Cede vd. á mi ruego, Señor mío? Bien, mil gracias. No sabe vd. de cuánta pesadumbre me deja libre ¡Bendito sea el Señor Dios de los Ejércitos que nos permite doblar *esa hoja!*



CAPITULO V.

Aunque corto, es tan esencial que, si lo salta el que lea, perderá un eslabón de la cadena de los acontecimientos.

NO todo había de ser andar de seca en meca. Una comisión del departamento de Guerra llevó al General al Estado de...... .... donde fungió algún tiempo como jefe de las armas. Su gerarquía, trato campechano y espíritu demócrata le granjearon tal simpatía en la sociedad, que á poco trascurrir del tiempo, vivía allí como en la propia cuna de su infancia, si es que gozó de la expresada cuna.

Apadrinó bodas, encompadró con personas de viso, fué Venerable de la logia "Libertad," hizo que los soldados de un regimiento hermosearan cierto jardín abandonado por el activo y H. Cuerpo Municipal y, ya con esto, dió alas á su popularidad que fué extendiéndose cada día en órbita mayor.

Llegó Aceituno hasta ser el candidato para competir en la lucha electoral, con el Gobernador Constitucional del Estado, General Armadillo (único sobresaliente) quién, era fama, sabía remacharse en los

puestos públicos y había echado raíces profundas en el solio del mando.

El Sr. Aceituno se veía bien querido por la juventud lugareña y perfectamente aceptado por el bello sexo, al que propendía con inclinación congénita y en el que libraba, cuando podia, arriesgadas campañas, estimulado por la ausencia de su familia, que no se había movido de la metrópoli.

Pero más que con su adquirido influjo y el beneplácito social que coronaba sus actos, más que con todo eso, repito, confiaba Aceituno, para cimentar sus calladas intenciones, dirigidas á derrocar pacífica y diplomáticamente á su compañero Armadillo, en la amistad cordial y el reconocimiento engendrado por antiguos y fieles servicios, que le profesaba un hombre prepotente que encarnaba la voluntad nacional, y cuya poderosa influencia buscaban todos como palanca principal y elemento necesario para los grandes y los pequeños encumbramientos en la pendiente política.

Siempre cultivó Don Candelario aquella distinción afectuosa con que se le honraba "en las altas esferas" y el innegable favor de que gozaba cerca del prócer.

Y aunque, por lo que tocaba al Sr. Aceituno, (es natural, somos humanos) no dejara de haber alguna parte de interés egoista, en contar con aquella fuerza abrumadora para servirse de ella en cual-

quier evento, también es verdad que era de los amigos más devotos que tenía el ciudadano prepotente quien, amén de otras admirables cualidades, se distinguía por la de saber subyugar con magnetismo irresistible y maravillosamente eficaz á sus servidores y adeptos, de suerte que, en cada uno de ellos, fuese lo que fuese, contaba con un partidario adicto, ciego, capaz de todo por su señor. Por eso, jamás caudillo alguno tuvo en el país séquito más numeroso y selecto.

Los sucesos pusieron de manifiesto más tarde, que Aceituno hizo muy bien y nunca se arrepintió de saber mantener, estrechar y robustecer tan preciosas relaciones con aquel alto y noble personaje.



CAPITULO VI.

Que es el único serio y no de los menos importantes de la obra, en el que se reproducirá interesante escena, desglosada de un drama estrenado en México.

ESCENA ...... X.

El teatro representa un salón regiamente decorado. Puertas en el foro y á los lados. A la derecha y en primer término, un balcón por donde penetra mucha luz, dirigida adrede, hacia el sillón que ocupará uno de los personajes. Objetos de sorprendente lujo, rica tapicería imperial. Al centro, pequeña «tortuga» de mármol primorosamente trabajada. En la sala que da al fondo una mesa de alta labor administrativa, con varios papeles y algunos carterones á la manera de los que usan los señores ministros. Artístico candil con numerosas lamparitas de luz eléctrica. [Hora las 4 p. m.]

PERSONAJES.

UN HOMBRE PREPOTENTE.—EL SEÑOR GENERAL DON CANDELARIO ACEITUNO.—UN OFICAL QUE NO HABLA.

(Al levantarse el telón, la escena está desierta. El General Aceituno, en traje de paisano, se presenta seguido de un

oficial que luego se retira. El otro personaje aparece por el fondo, revelando en su imponente presencia, mirada irresistible y noble porte, un hombre superior. El señor Aceituno, vacila, se siente apocado, confuso y no encuentra frases con qué formular un saludo á la par respetuoso y expresivo. El hombre prepotente, sin despojarse de su serenidad característica y con natural transición, pasa de su primer aspecto á tomar una actitud más familiar, siempre realzada por modales de exquisita decencia. Después del saludo cortés de D. Candelario, el otro personaje le indica que tome asiento, señalándole discretamente el sillón bañado por los cárdenos fulgores de la luz vespertina. El prepotente ocupa otro sitial, cerca de su interlocutor, pero envuelto en una débil penumbra.) (*Leve pausa.*)

EL PREPOTENTE.—Hacía tiempo que no tenía el gusto de ver á vd., y me complace hallarlo hoy más remozado que antes.

ACEITUNO—(*Cohibido.*) Sí señor. . . . de la salud no me quejo. También cosa mala nunca muere.

El Prepotente.—(*Sonriendo.*) No es vd. cosa mala, ni tampoco se vive eternamente. Por fortuna los trabajos de la existencia tienen su límite. (*Con gravedad*) Lo que debemos hacer es llenar debidamente està "comisión del servicio" que llamamos vida.

Aceituno.—(*Más dueño de sí.*) Es verdad mi......

El Prepotente.—De todos modos, yo celebro que los años lo respeten á vd., como en los días de lucha lo respetaron las balas del enemigo.

Aceituno.—(*Envanecido*) Mil gracias, señor, es favor que no merezco.

El Prepotente.—(*Como haciendo alusión á personas y lugares consabidos*) ¿Qué noticias me da vd. sobre las cosas y los amigos de la tierra...?

Aceituno.—Nada notable fuera de la crisis hacendaria por que atraviesa el Estado.

El Prepotente—(*Ligera contrariedad.*) Ciertamente. Ya me ocupo en ver cómo se remedia aquello y deseo mejorar la situación..... Es lástima que no salgan las cosas á medida de nuestro deseo.

Aceituno.—Eso sucede á menudo.

El Prepotente.—Se acercan los días de las elecciones, y para componer eso y emprender lo que conviene, precisa, ante todo, relevar á nuestro

amigo el Gral. Armadillo. Hay otros puestos en que puede ser útil.

ACEITUNO.—Indudablemente. A pesar de todo, es hombre de méritos.

EL PREPOTENTE.—Yo lo he apreciado bien.... Y ¿qué personas, le parecen á vd. capaces de sustituir al general y que pudieran ser indicadas para la renovación de poderes?

ACEITUNO.—*(Después de cavilar)* Le diré á vd. señor, como inteligentes, sin duda que los hay; pero luego....

EL PREPOTENTE.—Sí, sucede que luego, cuando menos se lo imagina uno, cae la mosca en la leche......

ACEITUNO.—Eso iba á decir, que después dan gato por liebre.

EL PREPOTENTE.—¿Qué juicio forma vd. para este caso del Lic. López?

ACEITUNO.—Es entendido; pero no le veo *cuerpo*....... Habría que hacerle mucha atmósfera....

EL PREPOTENTE.—¿Y el abogado Cabrera?

ACEITUNO.—Ya nadie le hace caso; está como se dice vulgarmente, metido en baraja. Sería preferible el Licenciado Rábula.

EL PREPOTENTE.—¿Quién? ¿Aquél que escribió una obra muy voluminosa sobre Derecho Civil?

ACEITUNO.—El mismo. Es hombre lleno.

EL PREPOTENTE.—Tal vez; pero está fue-

ra de la nueva corriente de ideas. (*Ligera pausa, los personajes continúan hablando en voz casi baja.*)

ACEITUNO.—(*Después de meditar por unos instantes.*) Lo cierto es que no se cuenta con quién.....

EL PREPOTENTE.—Veo que lo más adecuado es que vaya vd. mismo.

ACEITUNO.—(*Con mal reprimida emoción*) No merezco tan alta honra; pero si vd. se digna....si vd. lo quiere.... nada tengo que decir sobre mi incondicional adhesión y deseo de ser útil....

EL PREPOTENTE.—Sí, es lo que hay que hacer. Irá vd.

ACEITUNO.—Yo, señor,....la verdad, no sé cómo......

EL PREPOTENTE.—Está resuelto. Vuelva vd. por aquí; en otra conferencia trataremos los puntos que es menester considerar en detalle y daré á vd. mis particulares recomendaciones. Por ahora le hablaré de lo más general y que estimo de preferente atención. (*Pausa*) Es preciso atender con verdadero empeño los distintos ramos de aquella administración. El Estado se halla falto de recursos fiscales; al apoyar la candidatura de vd., en lo cual me ocuparé desde luego, le recomiendo la mayor diligencia hasta que las rentas del erario se

nivelen con los egresos, dando lugar á que, desahogadamente, pueda emprender el gobierno las mejoras de apremiante necesidad y de interés positivo. Yo le ayudaré decididamente en cuanto mis facultades lo permitan. Trabaje vd., inicie lo que considere de público beneficio y estudie con prudencia las reformas que intente hacer, para que sean implantadas sin lastimar derechos ni provocar conflictos. El orden es la condición primera de los gobiernos sabios, y la paz, su base indestructible, siempre que esté fundada en el funcionamiento regular de las fuerzas vivas del Estado. Diríjalas vd. con acierto; fomente su desarrollo y acrecentamiento progresivo, y aprovéchelas con prudente economía para sacar de ellas cuantos recursos demandan las necesidades del servicio público. (*Con aire de intimidad.*) Eso es lo que debemos perseguir y lo que consumaría yo quizás, si tuviera muchos auxiliares que adivinaran mi intención y siguieran mi deseo como obedece la espada á la mano que la maneja. Es deplorable que no suceda así. Sólo el Supremo Creador pudo hacer un hombre á su imagen y semejanza.... Yo no escatimo las indicaciones y con-

sejos y hasta parece que tomo el doble carácter de salvador y de apóstol; pero algunos no entienden y muchos no quieren comprender. (*Habla con acento de reconcentrada pena.*) Tengo colaboradores eficaces; pero la tarea es inmensa y necesitaríamos ser muchos hombres para que, repartida la carga, nos tocara á menos peso. Lo difícil es dar con ellos. La experimentación de individuo por individuo es inacabable. Exceptuando algunos éxitos lisonjeros, se puede asegurar que, en último resultado, la operación arroja un desengaño por cada esperanza, y una ingratitud por cada beneficio. (*Visiblemente emocionado.*) Desear el bien del país, es común; afanarse por conseguirlo y ocupar en ello toda la existencia y emplear todas las energías, anteponiendo el triunfo de la idea á las satisfacciones propias..... ¡es lo que pocos hacen! Me lisonjea lo realizado hasta hoy; pero me preocupa el afán de ejecutar lo que falta. Está salvada mi responsabilidad; pero no quisiera dejar la obra á medias. Es triste considerar tantos empeños y esfuerzos, gastados para no venir á parar sino hasta la mitad de la carrera. Yo quiero ir más allá;

pero una vida, dos tampoco, alcanzan para cumplir estos propósitos. (*Más conmovido.*) Esto es lo que á veces hiere el sentimiento más profundo de mi existencia: el amor á mi patria. La sueño feliz, próspera, respetada en el concierto de los pueblos. La única vez que he sentido el miedo, la única ocasión en que me sobrecoje un temblor, jamás probado en mi vida anterior, es cuando me asalta la idea de que mi anhelo, conseguido ya en su mayor parte, pudiera andando el tiempo, fracasar. Sería lamentable que esa ambición, por algunos mal interpretada; que tantos sacrificios consumados para llevarla á término ¡resultaran estériles! (*Breve pausa.*) Bastante se ha hecho ya ....¡otros recojerán los frutos de la siembra!

(En los últimos períodos de este parlamento, el semblante del hombre prepotente se enrojece, los lineamientos de su rostro se acentúan, su voz que debe haberse hecho cada vez más sonora, y solemne, calla; de la mirada que relampaguea con claridades olímpicas, se esparcen fulgores extraños en la misteriosa penumbra donde resplandecen;

y una lágrima que asoma trémula de terror, zurca lentamente la mejilla del prócer, burlando el omnímodo poder de una prodigiosa voluntad de hierro que domina millones de voluntades, y que, aún en sus combustiones al rojo blanco, es impotente para consumir esa pequeña y trasparente gota de lluvia celestial, en que se resuelven las tempestades del espíritu.)

(*Telón lento.*)



CAPITULO VII.

Explica cómo el Espíritu Santo comenzó á llover sus dones sobre D. Candelario, por la vía postal.

NO era más que un grueso tubo de hojadelata, cubierto por dos ó tres envolturas, y encima, un parche de papel blanco donde venía la dirección. Amparaba al bulto el indispensable certificado del correo. La señora de Aceituno recibió el objeto y fué á presentárselo á su esposo.

—Aquí te envían esto, le dijo. No sé si son ciruelas ó chiles de Jalapa.

—Lo esperaba, contestó el General; abrió el tubo y extrajo dos hojas de excelente papel impreso, con letras de oro, y que se asemejaba mucho á los prospectos de teatro en que se anuncian funciones de beneficio.

Las tales hojas eran dos decretos de la Honorable Legislatura: en el primero se declaraba al General D. Candelario Aceituno hijo, y, por ende, ciudadano del Estado *cuyos destinos iba á regir;* y en el segundo, se le designaba como electo legalmente, por unanimidad de votos, para

Gobernador de aquella entidad federativa.

Leyó el General los documentos, y una vez terminada la lectura, puso á su esposa al corriente de todo y le dijo:

—Que llamen á Pérez.

La señora salió para cumplir esta orden y el General, antes de volver los papeles á su estuche, manifestó mirándolos atentamente:

—¡Buen gusto revelan los artistas *de allá!* Salió bien este trabajo. Cuando llegue, averiguaré quién lo hizo y lo traeré á México pensionado. ¡Hay que *meterle el hombro!*....

Media hora después estaba Pérez en casa.

—Ya es tiempo, le manifestó Don Candelario, de que empiece usted á *desempeñar formalmente* sus *funciones* de mi secretario privado. Dé usted las gracias por esos decretos, á los *infrascritos que firman;* conteste las felicitaciones en *términos generales:* y despache todo, breve.

En aquel punto se recibió un mensaje del tenor siguiente:

"Señor General, etc., etc.... Urge di-
"ga esta vía cuándo llega, para estar pre-
"venidos. Suplicámoselo."

Genovevo López.

—Diga que salimos el día 8 y llegaremos á *más tardar* el 16. Póngale á ese señor algo cariñoso el parte, porque *es amigo* y será el Secretario de Gobierno....

Cuarenta minutos después, se presentó el General Aceituno en la antesala presidencial. Su aparición impuso silencio entre los numerosos concurrentes. Un momento más tarde, se abrió la puerta y asomó un ayudante que dijo:

—El Señor General D. Candelario Aceituno......

Irguióse el General, miró á todos desdeñosamente y penetró en la sala.

Todos se salieron.....

Cerca de las nueve de la noche volvió el General á su casa. Lo primero que hizo fué devorar la preparada cena. Tenía el Sr. Aceituno semblante halagüeño y demostraba un gozo que debía superar en mucho á los que experimentaba ordinariamente, puesto que se le podía vislumbrar á través de la máscara imperturbable de su rostro.

Mandó que se presentase Pérez y mientras el mozo, portador del recado, acudía á la casa de éste y lo buscaba por los más ocultos rincones de la ciudad, donde el modesto secretario tenía sus madrigueras, Don Candelario habló con Doña Claudia, en una apartada alcoba que era el santuario donde, en los trances solemnes, uno y otro cónyuge se comunicaban sus más íntimas confidencias.

—¡Qué bien me trató el jefe! díjole Don Candelario á su señora.

—Es que te aprecia, porque sabe cuán-

to lo estimas tú, y que hasta darías por él la vida.

—Cada día lo quiero más y me obliga más también con sus favores. ¡Ese es hombre!

—Como que después de Dios, á nadie más que á él debemos lo que somos. Porque hay otros generales que dicen que han servido como tú ¿y qué tal?....

—Pues ya está todo arreglado y me ha ofrecido su apoyo. Ahora verán aquellos si me *pandeo*.

—¿Y fué larga la conversación?

—Yo sólo me llevé la audiencia.

—Le hablaste, por supuesto, de lo que habíamos pensado.

—Allí se me atora la saliva; pero, no creas, le fuimos dando á los asuntos. Es muy poco lo que faltó que decir.

—¿Te concedió siempre que además del sueldo de tu cargo, te quedes con el de general?

—No le entré al punto, por la mortificación que sentía. Deja, esas materias son tratadas mejor por escrito.

—¡Quién sabe! Ya te acordarás de que ojos que no ven, corazón que no siente. Mira que á muertos y á idos......

—¡No es posible tanto también! Poquito á poco sube la montaña el cojo.

—Ya veremos. Hablando de otra cosa, ¿podemos salir á proveernos de lo necesario, desde mañana?

—Naturalmente. Tenemos contados días y el tiempo se nos echa encima.

—Bien. Yo dispondré lo que convenga. Necesitamos muchas cosas, porque no es lo mismo estar como hoy, á ocupar un puesto de importancia.

—Es lo que te he indicado. Vamos á pasar, como quien no dice nada, de la galería al palco principal......

En ese punto iban de su secreteo, cuando una criada anunció la llegada de Pérez.

El General pasó inmediatamente á su despacho, donde el secretario privado se hallaba, y dándole á éste una cariñosa palmadita en el hombro, le dijo:

—¿A que no sabe lo que le traigo, amigo?

—No puedo colegir, señor......

—Pues póngale el cascabel á este gato.

Al terminar esta frase, ya había sacado de su bolsa una cartera de cuero de Rusia, y elegido entre los papeles que contenía, una tarjeta que depositó en la mesa.

El Secretario la tomó con curiosidad y la examinó detenidamente.

La cartulina contenía en toda la superficie de una de sus caras, un trazado cuadricular, en cuyos pequeños espacios se encerraban con diestra combinación, letras y números que presentaban ininteligible conjunto para quien no estuviera en el secreto, del particular fin á que dicho documento se destinaba.

—Parece una clave, dijo Pérez.

—¡Al pelo! repuso Don Candelario.. Veo que vd. sabe lo que tiene entre manos. Voy á decirle cómo está combinada esta combinación, porque el papelito éste nos va á servir de mucho. ¡Adivine vd. cuántas cosas vamos á pasar por este *arnero!*

Muy tarde era cuando acabaron de estudiar y de probar las ventajas de la consabida clave. Al despedirse Pérez, le dijo el General:

—Creo que estamos listos, en este rompe-cabeza, verdad?

—Sí, señor.

—Pues tome nota, á fin de que prepare otras claves para los jefes políticos ¿está vd?

—Sí, señor.

—Pásela bien, y hasta mañana por la mañana.



CAPITULO VIII.

De algunos incidentes ocurridos durantè el viaje, en el que principia á sentir el General los himnos de la lisonja.

LOS preparativos de marcha se hicieron con rapidez. Hubo compra de trajes, acopio de víveres, arreglo de mundos y petacas y el día fijado, se emprendió el viaje con toda felicidad. Medio coche del ferrocarril ocuparon el futuro gobernador y toda su comparsa......

Transcurrieron días de larga y fatigosa expedición; cuatro llevaban los caminantes de ir sobre lomos de bestia. Esa mañana, precisamente, debían almorzar en San Pedrito. Había enramadas en el camino real, y los curiosos aguardaban en la calle de la población. Veíanse en las puertas de los tenduchos y jacales, pañuelos de color y tiras de papel. La vía principal bien barrida; sobre la torre de la iglesia un indígena, síndico del ayuntamiento, esperaba con un carbón encendido, divisar *la polvareda* para lanzar el primer cohete. La comisión nombrada para saludar al señor Gobernador, y que se componía de dos diputados y

un miembro del Tribunal Superior, salió á las afueras dèl pueblo para esperar al General. Todos estaban listos, desde el campanero hasta los regidores.

Vióse de súbito la ansiada nube de polvo, estalló el cohete, sonaron las esquilas, aglomeróse la multitud. los corazones de los comisionados latieron de emoción. Momentos después, vieron todos colmados sus deseos ante la presencia del General Aceituno y su numerosa comitiva.

Esta se componía de la señora del General, las dos niñas, Candelarito, el Secretario Particular, un ayudante, cinco *rurales*, el caballerango que cuidaba del *Coyote*, caballo favorito del Gobernador, tres criadas, mozos y siete bestias para el equipaje, esto sin contar los miembros de la comisión que se incorporaron desde San Pedrito.

La permanencia en la localidad fué corta y la comida no muy suculenta.

El señor Cura del pueblo estuvo presente en la mesa, hablándole al General sobre las necesidades del lugar y enumerando las mejoras materiales que interesaban al vecindario. En esto puso mucha atención el General y pensó con justicia que si había en el Estado puentes, atarjeas, calzadas, edificios, calles y pueblos enteros que se apellidaban Armadillo, ¿por qué no había de haber *en su administración* fuentes, jardines, cárceles y acueductos que se denominaran

Aceituno? En último caso, *si las circunstancias* del erario no eran para realizar muchas mejoras materiales, bien podría borrárseles el nombre á las antiguas y ponerles el del General á iniciativa de los mismos amigos de.... Armadillo.

Los comisionados que vieron al buen padre conquistar el punto, no se quedaron atrás, y al final de la comida, brindaron los tres á la salud de D. Candelario, llamándole el magistrado: "sol de justicia;" uno de los padres de la patria, "regenerador de la sociedad" y el último, el Diputado Bermejo, "gran *dinamo* de la administración Pública."

El sacerdote, dirigiéndose al General le preguntó:

—¿Se quedan aquí esta noche?

—No señor, seguimos adelante.

—Pero ¿dónde van á dormir ustedes?

—En Agua Sucia de Armadillo, respondió el General.

La caravana se organizó como había llegado. Los comisionados ensillaron las mulas, le pusieron las espuelas al General, y ya en camino, el Magistrado Don Ulpiano Rábula le habló á aquel de un negocio pendiente en la Segunda Sala.

Muy entrada la noche, rindieron la jornada en Agua Sucia.

Viento rudo, el campo como boca de lobo, á lo lejos aullido de canes, y luces mortecinas en el fondo obscuro de la dispersa barriada.

Hora las diez de la noche. Silencio sepulcrál en los jacales..................

....

—Señor General.... ¡Si viera qué animación hay en la ciudad para recibir á usted!

—Y en el gobierno ¿qué tal? manifestó Don Candelario.

—Todos son ya amigos incondicionales de usted.

—¿Ha ocurrido algo nuevo? preguntó el General.

—Sí, repuso Bermejo; el tesorero que, hasta última hora, soñaba en la reelección del General Armadillo, ha colocado en la oficina á todos sus parientes.

—Y la hacienda ¿cómo va?

—No es por decir mal, objetó el otro diputado, pero está de los pericos. Las órdenes secretas abundan, el despilfarro es patente, se echa el dinero á la calle, y el pasivo sube, sube que es una atrocidad.

—¡Canastos! Ya sabía las cosas de Armadillo y ¿cómo andan esas jefaturas?

—No es por alabarla, pero solamente la de mi hermano está bien. En las demás se desprecian las mejoras materiales; no se atiende á la instrucción, y ¡hay cada desfalco!....

—De suerte, expuso Don Candelario, que todo camina.... para atrás....

—¡No sabe usted, indicó Rábula, cuánto nos ruboriza este rebajamiento moral.

—Cuando usted empuñe *las riendas del Gobierno*, dijo un diputado, todo cambiará de aspecto....

—Así lo sentimos, manifestó Bermejo.

—Así lo esperamos, concluyó Rábula.

—Pues, señores, muchas gracias, dijo el General Aceituno, yo guardaré estos datos en el más profundo secreto; ustedes son verdaderos amigos; pero mientras cambian las cosas, será bueno descansar. ¿Ya arregló nuestras camas el regidor comisionado?

—Ya.

—Buenas noches.

—Buenas, señor General.

—Que usted, señor, la pase bien.

—¿No se le ofrece á usted nada?

—Nó, señores.

Al día siguiente los tres miembros de la comisión ensillaron los caballos de las niñas y ayudaron á Doña Claudia á acomodarse en su "melado." Se tomó por vía de desayuno, café hirviendo con galletas, y al alba de Dios, siguió la caravana su camino.



CAPITULO IX.

Se copian los acomodados razonamientos que le disparó el Lic. Rábula al señor Gobernador, y se finaliza con la jamás como se debe lamentada aventura del «melado.»

LA sonrosada luz de la mañana, disipado había las lobregueces de la noche, llenando de claridad el horizonte, de alegría los cielos, de gorgeos, frescura, perfumes y rocío la deliciosa campiña, cuando el señor Magistrado Don Ulpiano Rábula, hiriendo con porfiado espoleo los hijares de su cabalgadura, se dirigió hacia el brioso corcel que montaba el Gobernador, y viendo á éste caminando á buen paso, con medio rostro sumido entre los pliegues de su bufanda y el sombrero ancho calado hasta las cejas, como si fuera nuestro General ocupado en hondas meditaciones, se atrevió á entablar conversación con Don Candelario y le largó esta pregunta:

—¿Soy importuno?

—De ninguna manera, señor licenciado. ¿Y los demás?....

—Atrás quedaron, señor, atendiendo á las damas.

—¿Hubo alguna novedad?

—Nó, nada, absolutamente; es que las señoritas tuvieron deseo de recojer algunas florecillas silvestres, y esto motivó la detención.

—Bien..... Vea usted, señor licenciado, dijo Aceituno; vea usted estos campos tan *retelindos*......... ¡qué bien se conoce que estamos ya en nuestros terrenos!....

—Ni duda cabe, señor General, muchas comarcas de la República y hasta del continente, nos envidian la fertilidad, la riqueza de nuestro país.... ¡Lástima que el descuido de los gobiernos anteriores, haya vuelto tan desgraciada esta incomparable tierra y derramado la desolación en este privilegiado suelo...... Observe usted esas propiedades sin cultivo y tanta abundancia de dones sin explotación.

—Es que ha faltado fomento y más fomento: fomento á la agricultura, al comercio, á las artes; fomento á todo también.

—Ciencia es la del gobierno, señor, escabrosa y difícil, tanto para su perfecta y concienzuda inteligencia, como para su aplicación práctica al régimen de los pueblos. Desde Herodoto, padre de la Historia, desde el severo Tácito y el grave Tito Livio, desde el viejo Tucídides hasta Mariana y el moderno César Cantú, todos los más sensatos historiadores y escritores han sembrado en sus profun-

das obras de docta enseñanza, los principios en que se debe cimentar una sabia y fructificante política.... Pero aquí no se ha hecho caso de nada. Cuando son buenos los gobernantes, es malo su círculo y viceversa. Y ¿qué diré de las administraciones que han seguido la funesta costumbre del *venite agarremus?*..... ¡Ah nadie ha curado del bienestar general!

—¡Mire usted qué hermosura de bueyes, señor licenciado! ¿Son de la hacienda de San Francisquito?......

—Justamente, señor; hasta Rancho Pelón están los linderos de esa finca...... Pues decía, prosiguió Rábula, que ciencia de gobierno, principios evidentísimos para administrar acertadamente, los hay...

—Por supuesto que los hay, repitió maquinalmente Aceituno.

—Pero lo deplorable es que ninguno los sigue. Yo he meditado largos años leyendo á Quinto Curcio, á Comines, al eminente Saavedra Fajardo y, sobre todo, al gran Narbona y al notable Furió Ceriol; yo he podido ver y he visto la sencillez que encierran, á pesar de su complexidad, las reglas del buen gobierno.

—¡Qué sementeras, Don Ulpiano! fíjese en esas sementeras. ¡Este año sí que será bueno, por vida de!......

—Del maíz no podremos quejarnos, señor.

—Y de lo demás también; pues qué ¿no ve ese alfalfar?......

—Señor, tiene usted mucha razón, no había reparado......

Y tornando á su primitivo tema, continuó Rábula de este modo:

—Como usted muy bien sabe, señor General, hay, desde luego, tres elementos necesarios que deben reclamar la atención del que recapacite en asuntos de sana política, y son: el gobernante, los que lo rodean y los gobernados. No quiero invadir la esfera del Derecho Público y me limito á las máximas de una administración competente. Es indubitable que el jefe administrativo tiene que ser de recto juicio, lúcido criterio, ánimo esforzado, corazón grande y espíritu valeroso.

—Eso, más que todo, observó el General: que no se *rían* de uno, y, cuando haya que dar duro, no tiemble la mano. ¿Comprende?

—¡Ciertamente! Además de esto, el jefe del Estado debe ser magnánimo y discreto en los favores; frío y sereno en los peligros; prudente en los acuerdos, y perspicaz y certero en el conocimiento de los hombres. De aquí se desprende la necesidad de que sea limpio de conciencia, puro de manos, quieto de sentir y noble de ambicionar, pues, según nos afirma Cornelio Tácito, lascivos entretenimientos con mezcla de deshonestidad, enflaque-

cen los ánimos, corrompen las costumbres, y á veces pierden la república.

—¡Adiós!....écheme ese trompo en la uña! ¿Lo dice vd. señor licenciado, porque todavía se me alegra el ojo?....

—Líbreme Dios de tal desacato, señor. Esta mi observación es general, no alude á nadie. Mis axiomas son abstractos.

—Pues siga con los *estractos* y píquele fuerte á su *penco* que se quiere *apoltronar*.

—Ah, señor; si es en los jefes de gobierno, censurable la codicia, peligroso el desenfreno y nugatorio el abuso de su autoridad.

—Sí, siempre laudatorio.

—Peor que todo eso, puede considerarse el dar oídos á la engañosa adulación y desmedida lisonja. Quinto Curcio enseña que ántes acaban los reinos á manos de lisonjeros que de enemigos; y el emperador Gordiano decía que es desdichado el príncipe á quien sus consejeros no osan decir la verdad.

—Oiga ¿ese emperador fué, preguntó Don Candelario, el que inventó aquel "ñudo gordiano" que he visto representar en el teatro?

—No estoy al cabo de ello, contestó Rábula: pero si el famoso emperador Gordiano, no descubrió ese nudo ni siquiera inventó la pólvora, sí dictaminó sabiamente en diversos asuntos con admirables sentencias.....Ahora bien, volviendo, señor, á lo que decía, no pararé jamás

de encarecer lo indispensable que es á los que gobiernan, tener don de gentes y exacto conocimiento del corazón humano para precaver peligros. ¿Quién podrá ufanarse de conocer el corazón humano, que, según nos declara el sabio, está retirado en lo más oculto del pecho, y cuyos designios encubre y disimula la lengua, desmienten los ojos y adulteran los demás sentidos?......

—Es verdad, es la pura verdad, dijo Aceituno, parando mientes en las rotundas y eruditas disertaciones de su interlocultor. Este mundo, señor D. Ulpiano, está lleno de trampas, chicanas, *sinvergüenzadas* y picardías.... Al que sube le "hacen la barba," y al que baja lo arriman á un rincón como basura.... Hoy son unos y mañana son otros. Yo lo he visto cuando me perseguían y también cuando tenía un cargo. En la de buenas: "Adiós mi caro amigo;" en la de malas, hasta lo mandan á uno moler á su......

¡Madre del Verbo increado! Un grito desgarrador y lastimero interrumpió las últimas palabras del general.

Tanto él como su acompañante volvieron grupas, y, á uña de caballo, volaron al lugar donde se encontraban los demás viajeros.

¿Qué había acontecido? Pues un fiero acto de insubordinación en extremo punible. El "melado" que montaba la señora Doña Claudia, no pudo más con la honro-

sísima comisión que se le había confiado, y por un "acto primo," por un rasgo de "locura impulsiva" de que no había antecedentes en tan buen sujeto; mediante dos ó, tal vez, tres reparos (en esto andan discordes los autores) echó por tierra la humana carga que desde la madrugada lo oprimía.

La señora, maltrecha, permanecía en el suelo, rezando entre ayes doloridos, intercalados en el texto, la bendita oración tan eficaz para terremotos y demás cataclismos: "Glorifica mi alma al señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar".... Los jóvenes, los miembros de la comisión y demás acompañantes prestaban sus auxilios á la señora, quien fué acomodada, como se pudo, en una parihuela ó palanquín improvisado "sobre el campo."

Y, envuelta en hondísima consternación, dió la caravana con su preciosa y lastimada carga, en Rancho Nuevo, de donde ya no salió ese día la comitiva, por *úkase* terminante del General que ordenó la permanencia en aquel sitio, hasta ver *qué resultas* ocasionaba aquel desastre en la economía de su cara mitad.



CAPITULO X.

Donde aparece el gran Doctor D. Remigio Chirona, luz de la Patología, estrella de la Clínica, honra de la Terapéutica, genio de la Cirujía y regocijo de la Ortopedia.

ARNICA, árnica! ¿Qué no hay por ahí alguna persona caritativa que nos proporcione una poca de árnica? Se pagará lo que pidan.

Estas palabras las profería casi á gritos el diputado Bermejo, desde el corredor de la finca, Rancho Nuevo, y las dirigía á una multitud de indios (venidos por el rumor de la novedad) que se miraban atónitos como si pretendieran interrogarse entre sí, sobre el sentido de las frases del *padre de la patria.*

A las voces bermejiles, acudió el mayordomo del rancho, que era hombre de pésima catadura, y se hallaba por aquellos momentos ausente, á causa de haber ido á indicar á los mozos y *rurales* el próximo abrevadero para que se refrigeraran los animales de la comitiva.

—¡Amigo, por Dios! favor de conseguir una poca de árnica; se necesita mucho para atender á la esposa del señor Gobernador.

—Aquí no hay árnica ni nada.... ¿qué quiere vd. que se encuentre en este *probe* lugar?

—¡Pues estamos lucidos, sin médico y careciendo hasta de los recursos más indispensables para un caso de enfermedad!

—Aquí, señor, nos medicinamos y nos aliviamos con la voluntad de Dios y con lo que á mano viene.... Pero ¡ahora qué dice vd! Quién sabe si *entodavía* andará por aquí un señor médico, que oí decir que vino hace días.....

El administrador se detuvo un instante y apersonándose con uno de los curiosos le interrogó:

—Oye Cicilio, ¿no estará por aquí *entodavía* el señor que vino á curar á la tía Rumualda?

—Sí está; *dende* esta *maniana* lo *vide* que venía de cortar *yerbas* por el rumbo de Piedra Parada.

Pues, anda.... corre Cicilio y dile que venga pronto porque el gobierno lo necesita ¿estás? No te tardes ¿eh?..... ¡que te pongas los pies en la cabeza!

Cuando esto se le ordenaba, ya el indio había partido como un galgo.

Doña Claudia se hallaba instalada en un cuarto de la finca. En otra pieza inmediata estaban reunidos el Gobernador y los demás caballeros.

—¡Buena nueva, señores! exclamó Bermejo desde la entrada.

—¿Hubo árnica? preguntó el general.

—Algo mejor que eso, señor. Y tomando un aire de triunfo, prosiguió:

—Dentro de breves segundos estará aquí el médico.

—¿Qué médico? interrogó Rábula.

—Uno que casualmente se halla de paso en este lugar.

—Pues ¡que se le llame inmediatamente!

—Ya dí las "órdenes respectivas," señor General.

No habían pasado las dos horas desde que tuvieron lugar los incidentes ya narrados, cuando en la doliente alcoba de Doña Claudia, se presentó un sugeto de moreno rostro, cabeza disforme é intonsa, barba escasa y descuidada, ojos bizcos, pronunciado belfo, vestido con sombrero fieltro de ala amplia y en extremo sucio, pantalón, chaleco y chaqueta de dril, tan agenos del agua y el jabón como de las últimas modas parisienses. Traía aquel individuo en una mano, enorme jarro que depositó cerca de la entrada, en la otra llevaba el sombrero como prenda de que no acostumbraba separarse nunca, y de la bolsa del pantalón, le salía el cuello y algo más de una botella colmada, hasta el tapón, de un líquido á manera de tinta.

—Soy Remigio Chirona, servidor de vdes., dijo al entrar.

Al ver aquella aparición, que iba se-

guida de Nicolás el administrador de la casa, dijo D. Candelario.

—¿Por qué no viene todavía ese médico?.... ¿Qué es lo que pasa? ¿Es vd. su mozo? preguntó al Remigio.

El mayordomo se descubrió respetuosamente, y, mostrando al recién llegado contestó:

—¡Si este hombre es el *dotor!*

—¿Vd. es médico? interrogó el general al de la chaqueta.

—Soy *prático*, señor; soy *cura-güeso*, cirujano, voy á donde me llaman y ando *campeando* por aquí y por allá, donde me buscan; nada más por ganar los *frijolitos*.

—Pues no hay remedio, amigo, ni más cera que la que arde..... Acérquese por Dios, y vea á la señora. Se cayó y quién sabe qué resultas le vengan también.

—No tenga *cuidao*, señor amito, vamos á *esculcar* á la enferma y *asigún* lo que *haiga*, veremos si la dejamos como nueva.

—Con que me la deje sana me conformaré yo, que lo demás no hace al cuento.

—Pues no tenga *cuidao*, señor amo; los *dotores* curan de golpe, nada más; pero no saben curar de susto y de espanto que es lo *más pior*. Nosotros sanamos todo. Yo *asestí* á uno que se *faturó el ocipital del cránio* y al cabo de quince días lo dejé *¡díntegro!*

—Pues al avío y con tiento, porque si le causa daño á mi señora, hasta la

cárcel va usted á dar cuenta de sus curaciones.

—Con el permiso de usted, señor amo.

Y aproximándose cautelosamente, el intonso, bizco y belfudo caballero de la chaqueta, se detuvo ante "el lecho del dolor;" puso sus profanas manos sobre el venerando cuerpo de Doña Claudia Hornaguera de Aceituno; sobó, palpó, oprimió, estiró y percutió á su regalado antojo aquel menguado, arrancando quejidos desgarradores á la paciente, y después del examen pericial, concienzudo, dilatado y cruel, formuló su dictamen el facultativo en los siguientes conceptos:

—Lo que es toda la *huesería* está *perfetamente;* nada hay roto, nada salido fuera. Todo lo que ha pasado es que la señora se *venteó* harto con el susto, el porrazo y el *aigre*. Pero *carculo* que también está muy mala de otra cosa.

—¿De qué? preguntáronle con ansiedad.

Y el de la chaqueta, haciendo un gesto peculiar á los grandes médicos cuando emiten un mal pronóstico, dijo:

—¡Tiene apretado el riñón!

—Vaya, vaya.... dijo el Gobernador. Lo que interesa también es que nos diga vd. si podrá caminar mañana mismo.

—Con una *bilma* que le pongan, con la cataplasma de una yerba que les traeré y con una *vendada juerte*, están sus mercedes del otro lado.

El señor Aceituno suministró un par de pesos al émulo de Hipócrates, y Bermejo le ofreció en secreto una presidencia municipal ó un puesto en la gendarmería, si la cataplasma y la *bilma* daban los resultados apetecidos..............

....

....

¿Se operó un milagro? ¿No era la caída de consecuencias? ¿La misteriosa y burda terapéutica obró sus naturales efectos....? ¡Sábelo Dios!

Ello es que al día siguiente emprendieron los viajeros su penúltima jornada. La señora Doña Claudia renunció á su fementido "melado," cambiándolo por un "rosillo" de mansedumbre que había causado ejecutoria conforme á derecho; por este motivo la Hornaguera de Aceituno se mostraba tranquila y cuasi contenta.

Aprovechando aquella dulce calma, nacida de los anteriores quebrantos, el señor Licenciado Rábula quiso continuar sus discursos, eligiendo por tema del día "algunas consideraciones sobre los deberes de los gobernados" para el gobernante; pero Don Candelario no se dignó prestarle la misma atención que la vez pasada, y desde las primeras de cambio, le dijo:

—Hablemos, amigo Don Ulpiano, de esos bosques que son mi deleite; de esas tierras vírgenes también donde ¡jamás y nunca ha puesto su planta la mano del hombre!

CAPITULO XI.

En que se refieren escenas parecidas á la del Domingo de Ramos y se oye entre los acordes de las dianas el sempiterno: "¡Hosanna! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor."

LA Jefatura política ordenó, en la forma más conveniente, el adorno de las calles, plazas y edificios públicos de la ciudad. Gracias á esto, no faltaron, sino más bien sobraron, gallardetes, banderolas, festones y cortinas que lucieron en muchas partes, distinguiéndose entre todo (aquí va lo bueno) un arco triunfal que merece capítulo propio.

De su estructura respondían á satisfacción fuertes andamios; en cuanto á su forma, allá se la fueron dando como salió y según los materiales empleados en este monumento. Hubo en él mesas de fonda, escaleras del servicio de alumbrado, cestas forradas de lienzo para figurar almenas, trapo y papel dorado y de colores á voluntad. Nadie supo si aquello era pórtico, puente levadizo ó boca de túnel. Se le pusieron unas figuras pintadas al temple, se le distribuyeron emblemas de la *industria*, la *agricultura*, las *ciencias* y la

guerra; y, sobre aquel revoltijo de flores, manta, papel, carrizo y muñecos simbólicos, iba lo principal, el gran rótulo donde, en caracteres legibles á una regular distancia, el populacho deletreó trabajosamente estas palabras:

"*Al ameritado, probo, denodado y valiente General Don Candelario Aceituno, el pueblo soberano y libre del Estado.*"

Luego aparecían dos fechas con cifras enormes: una, la del año en que vino al mundo el General, como si en esto hubiese alguna gracia, y la otra, la fecha de su elección á la Gubernatura.

Comisiones fueron y vinieron para atender á todos los artículos que comprendía el programa de la festividad. Una comisión á San Pedrito para saludar al General; otra del Ayuntamiento para darle la bienvenida en las "goteras" de la población; comisiones para el baile, para el banquete, para la serenata, amén de otras especiales, del Congreso, del Tribunal Superior, del H. Cabildo, del Comercio, de Hacienda, etc., etc. No faltó una de damas para atender especialmente á la señora Doña Claudia Hornaguera de Aceituno y sus distinguidas niñas.

Desde muy temprano circuló la voz de que el General "llegaba en la tarde." La gente se aglomeró en las calles, fueron limpios y acicalados como para boda los contados coches de propiedad particular que se destinaron al Gobernador y su co-

mitiva; para ir á encontrar á ésta, salieron ginetes en briosos caballos, ostentando riquísimas monturas, los jóvenes prominentes de la localidad.

Y ochenta hombres de los que se les llamaba y se les llama "Batallón de Guardia Nacional" formaron la valla lo más separados que fué posible, para llenar la distancia: se estiró el resorte hasta lo último que podía dar de sí. Hay que confesar que lució "la Guardia" un uniforme limpio, aunque tan antiguo y gastado como su armamento. En la plaza de armas y apuntadas con mira al cielo "para que no hubiese desgracias," tres piezas de artillería del *más antiguo Galván*, se hallaban prevenidas para la salva tradicional de ¡¡veintiun cañonazos!!

Llegó el instante supremo, la multitud se agitó como turbulenta mar; la concurrencia de azoteas, ventanas y balcones saludó con gorras y pañuelos, diéronse las voces de mando para presentar las armas, redoblaron los tambores, sonaron los clarines y empezó á desfilar aquella procesión.

En tres carrozas abiertas entró el General y las personas más escogidas de su cortejo.

Después seguía confuso tropel de ginetes y gente de á pié. El futuro Gobernador fué aclamado y saludado á su paso. El entusiasmo del público rayó en lo indecible: las campanas se echaron á

CAPITULO XII.

Nuestro D. Candelario empuña las riendas del indomable potro que se llama el Gobierno.

A los dos días se verificó la toma de posesión.

Es probado que solo en tan solemnes ocasiones acudía el público á presenciar los trabajos de la Legislatura. Allí siempre reinó la más tranquila soledad.

La concurrencia que llenaba esa vez el local de la Cámara era casi toda compuesta de empleados en franquía y algunos curiosos.

El Diputado Bermejo presidió con gran *prosopopeya* la interesante sesión del H. Cuerpo Legislativo.

A la hora prescrita, y prévios los acordes del Himno Nacional, se presentó el General Aceituno, acompañado de la comisión correspondiente, á prestar la protesta de ley.

No se limitó el nuevo gobernante á llenar la fórmula reglamentaria, sino que llevaba á prevención un discurso corto, pero de mucho tuétano, que escribió Don Genovevo López, según las indicaciones

del General. ¡Qué alocución aquella tan memorable!

No tocaba á la anterior administración, sino para decir que *la juzgaría la historia*, y en cuanto correspondía al programa del nuevo gobierno, bosquejaba una era de venturanza, fecunda en moral administrativa y de amplios horizontes en aquello de las *mejoras* y la *instrucción*. El discurso fué aplaudido con entusiasmo, y al salir la concurrencia del salón que ocupaba el congreso, repartiéronse copias impresas del discurso que se llamó "programa Aceitunista" y que podía estimarse como la base ó piedra angular de la naciente administración.

Acabada la protesta y antes de las felicitaciones de uso corriente, se hicieron los nombramientos de los principales funcionarios, renovándose así la médula de la autoridad.

Luego principió el besa manos, con desfile de poderes, corporaciones, personal de oficinas, agrupaciones particulares y demás personas que debían ó querían ir á estrechar en sus brazos al nuevo jefe del gobierno, á la esperanza viva de los caídos, á la puerta franca de las ambiciones, al que debía ser, siguiendo el orden regular de las cosas, padre de algunos y padrastro de muchos.

Entonces surgieron recuerdos inverosímiles, relaciones íntimas, servicios pres-

tados de mucho tiempo atrás al Señor Gobernador.

Uno le conoció de niño, otro sirvió á sus órdenes, aquél tuvo amistad con su suegra, el de más allá le dió una receta contra los callos.....

Con las felicitaciones llovieron presentes, obsequios, abrazos y transportes de la más viva efusión.

—Usted es mi padre, señor General.

—Usted es, Señor Gobernador, el amparo de los pobres.

—Usted hará justicia al mérito.

—Usted, le dijo el jefe de las fuerzas federales, es mi viejo compañero y amigo, ¡casi mi hermano!



CAPITULO XIII.

Se instituyen de nuevo los sacrosantos misterios de la Eucaristía Política, se comparte el pan y el vino de las adulaciones palaciegas y se derrama "hasta la última gota de sangre."

EL mismo día en que tomó posesión de su envidiable magistratura el General Aceituno, hubo un suntuoso banquete que hizo época en los anales del Estado. Se sobrentiende que el Señor Gobernador fué el santo de aquella fiesta en que se hallaron reunidas, según el decir de los periódicos, *la aristocracia de la sangre, la del dinero y la del talento*. No faltó (ni por qué había de faltar) *la aristocracia de las armas*, dignamente representada por el Jefe de la Zona Militar, brigadier de reciente ascenso, que lucía su brillante uniforme entre los concurrentes.

Allí estaba también el General Armadillo, el terrible competidor de Aceituno, el gobernador caído, que sabía cubrir con fórmulas y exterioridades diplomáticas, las maquiavélicas intrigas que sordamente preparaba á su rival.

El banquete fué costeado con demasía, gracias al prorrateo privado que se hizo entre las personas del "Círculo Aceitunista."

El Gobernador ocupó el centro de la mesa; á su derecha estaba su antecesor Armadillo; á la izquierda el Secretario General Don Genovevo López. En el lado opuesto, el Jefe de la Zona Militar con Rábula y el tesorero Don Modesto Rapiña, á sus lados ó á sus *flancos.*

A la hora de los postres, y en representación del Círculo *pagano*, el Secretario López hizo uso de la palabra y dijo en medio de general espectación.

Señores: más que momento de felicitación al señor Gobernador, es este instante de congratulación para nosotros. Felicitémonos, pues, porque el Estado ¡ya tiene un redentor! (aplausos) *Nuestra entidad federotiva, pobre, abatida, despreciada, por decirlo así; pero siempre grande, siempre heróica, cuenta ya con un cerebro que la ilustre, un brazo que la levante y....un corazón que la engrandezca.* (Más aplausos.) El orador continuó con voz pausada. *Pues bien señores, ese cerebro......ese brazo....ese corazón....pertenecen....al probo, al valiente, al patriota....al que....por mil títulos....si no se hallase aquí, le....llamaría yo el egregio General....Don Candelario Aceituno.* (Bravos, golpes en la mesa, gran aprobación.)

Siguió el Licenciado López enumeran-

do las hazañas del General, desde su ingreso en *la gloriosa carrera*, hasta sus campañas últimas en que sobresalía el encuentro de Barranca Honda, donde se batieron treinta contra doscientos, y no murió nadie. Terminó Don Genovevo su brindis así: *Por el Estado que nos vió nacer, por la ventura de su esclarecido jefe, por la prosperidad general.*

El entusiasmo se manifestó en sus variadas formas.

—¡Qué elocuencia! dijo el Tesorero.

El Oficial Mayor de la Secretaría felicitó á su inmediato superior, en estos términos:

—Señor, ha estado usted ¡sublime!

Sonaron las copas, uno de los concurrentes se puso en pié, y oyóse la voz estruendosa de ordenanza que dijo:

El señor licenciado Rábula tiene la palabra. El anciano jurisconsulto, sacado de su habitual circunspección por los vapores del vino, principió de esta manera:

Viejo sacerdote de la ley, señores, sigo escrupulosamente el "sum cuique tribuere" que se inscribió en los eternos fastos del Derecho Romano.

—¿Qué dijo en Francés? preguntó Aceituno á su Secretario.

—Fué un latinajo, respondió López, que significa dar á cada uno lo que le toca.

Rábula continuó.

Por eso vengo, en nombre del foro del Estado, á rendir homenajes de incondicional

adhesión al amigo leal, al gobernante modelo. Paupérrima es mi demostración, pero recíbala nuestro integérrimo mandatario, como fallo definitivo y sin apelación, de una honrada conciencia. Por usted señor General.....por usted, de quien podremos decir la frase del latino: "non sine causa gladium portat:" no sin razón tiene su espada. (Aplausos débiles.)

Cuando terminó Rábula su brindis macarrónico, un joven audaz, empleado *en contribuciones* se levantó.

Señores:-dijo-*seré breve. Brindo por el General Aceituno que será para....nuestra....patria, un.....el.....reformador el regenerador y....un....ó, lo que es lo mismo, el impulsador. Pues bien, aunque empleado humilde no soy adulador, pero sí admirador por ó, mejor dicho de las ventajas y cualidades de nuestro buen gobernador. No puedo hablar....Señor General, tomo esta copa por usted como el último de sus servidores que sabrán derramar hasta la última gota de su sangre por usted, á quien seguiré como un adicto á doquiera vaya.* (Hubo risas y cuchicheos.)

El General movió la cabeza, haciendo un signo negativo y dijo quedo á López: «¿Donde me seguirá ese muchacho cuando no tenga empleo que darle?»

Brindó Bermejo, brindó después el redactor del *Periódico Oficial*, que llamó á Aceituno *el émulo de los mejores estadistas.* La serie de brindis fué larga. Cuan-

do nadie tuvo que decir, cuando hasta el Regidor del alumbrado se lanzó á pronosticar la supresión de la luz de aceite, anunciando que *sería substituida por otras más de acuerdo con los avances de la ciencia*, el Gobernador se levantó y todos hicieron lo mismo.

—Tengan ustedes la bondad de sentarse, dijo el General. Obedecieron, y el Señor Aceituno comenzó su brindis de este modo:

En toda mi carrera "melitar," desde que fuí zapador hasta la presente, he dado pruebas de amor al pueblo. Porque yo siempre amé al pueblo desde que tomaba "redutos." Una vez me hirieron en el sitio dentro del perímetro de "circunvolución" y dije: todo por mi patria, y como soldado y hombre me mantengo fuerte en mi dicho y en él me "retifico" Si con el derrame de ....la contribución sobran recursos, habrá fomento moral y material de una y otra cosa. También habrá escuelas y caminos y puentes también; porque todo se presupuestará convenientemente para mejoras, que es mi programa de administración. Cuento....con todos y *que no haya desertores en las filas porque los que "desiertan" papablemente no son amigos.* (Aplausos) *Quiero y fío en el pueblo soberano, porque como dijo el Nigromante, los pueblos hacen los Gobiernos.*

Ahora, invito á todos á que "échemos" un brindis por el gran hombre de México,

por nuestro dino Jefe, por el Señor Presidente de la República. (¡Bien, bravo, viva!)

Todos agotaron en aquella eucaristía política, la última porción del *Champagne.*

Se disolvió la concurrencia: el Gobernador salió, á los acordes del Himno Nacional, y la curiosa multitud vió desfilar la comitiva en un orden, aspecto y condiciones bien distintas de como entró.

La noche había cerrado.

Dos hombres tambaleando y dando traspiés se internaron en una callejuela sombría. Eran Bermejo y el Tesorero Rapiña.

—¿Te fijaste en que no brindó Armadillo?

—Si brindó en lo particular y la chita callando. Pero ¡como le guiñaba el ojo al Jefe de la Zona!

—Tal para cual.

—¿Y qué largaría en su brindis clandestino?

—¿Pues qué había de echar fuera, hombre?. . ¡veneno!



CAPITULO XIV.

Dedicado enteramente á Terpsícore y en su parte final á Caco; pero amenizado por la música, los brindis, las piruetas y otras cosas más ocultas.

OBRA de muchas deliberaciones fué la elección de local para la fiesta. El salón del Congreso resultaba poco espacioso; el teatro "Juan Armadillo" era *por mil títulos* inconveniente; se decidió, por fin, dar el baile en el gran patio del Instituto de Ciencias que llenaba todas las condiciones apetecibles.

La comisión respectiva lució perfectamente sus habilidades en el adorno del edificio. Manta arriba y manta abajo; profusión de flores en el cornisamiento y las columnas; arañas suspendidas de alambres entrecruzados bajo la tela; laurel á pasto y en forma de coronas sobre las claves de los arcos; lunas aquí y allá; lentejuela sobre el pavimento. Con todas estas cosas y otras más de que no es preciso hacer mérito, quedó convertido aquel sitio, según después afirmó el Periódico Oficial, en *una mansión de hadas*.

Rábula dijo—"Terpsícore le hace ho·

nor á Minerva" Bermejo afirmó—"No ə[tenemos envidia al Salón de Embajadores."

De todos modos, el trabajo de la comisión fué meritorio, porque hubo que sacar los objetos de ornato de todas partes: de aquí se llevó un candil, de allí un espejo; en tal parte pidió tres docenas de sillas, en la otra seis cortinas. Hubo también ofertas espontáneas de artículos de lujo y fantasía, tanto por parte de aquellos que deseaban congraciarse con el Gobernador, como de los que pretendían obtener billetes para el sarao.

No es posible pasar inadvertido el retrato del General Aceituno, obra de arte oficial, salido de la pluma de un candidato á la pensión en México. Frente á la vera efigie del señor Gobernador, se destacaba un cuadro litográfico que representaba al señor Presidente de la República. Este último cuadro era el remate de algo así, como trofeo ó templete e que se veían, cañones, esferas, arado planos geográficos, útiles de escritori bombas, libros y ocho fúsiles viejos a mados en sendos pabellones. Dos sold dos barbudos custodiaban este emblen tico sitio, con orden de no mover n que los ojos.

En lo de las invitaciones y su distr ción, surgieron graves disgustos mot dos por omisiones y suplantaciones chornosas.

«Los lanceros» fueron ensayados en la casa de Don Críspulo Camaleón, nombrado bastonero.

A las nueve entró en la sala Don Candelario, conduciendo á la señora de López, y López introdujo á Doña Claudia, quien lucía ricas joyas compradas en La Esmeralda á plazo. Claudita y Domitila Aceituno iban con Bermejo y Rábula, quienes *eran Comisión de Recepción* y llevaban las rosetas que indicaban su carácter.

Lo más granado de la ciudad, lo más saliente en política, lo más florido del bello sexo estaba en el salón. No faltaron Armadillo ni el Jefe de la Zona Militar quienes, en un ángulo, hablaban discretamente.

La orquesta preludió *los lanceros*, los jóvenes se apresuraron á buscar sus parejas y el baile comenzó en el orden más perfecto y con el mayor entusiasmo.

La pieza terminó sin otra novedad que la manifiesta inclinación de Bermejo hácia Claudita Aceituno.

Domitila, por su parte, dejó prendado al Juez del Ramo Penal.

Excusado es decir que la familia del Gobernador fué el blanco de todas las miradas y el platillo de todos los comentarios.

—¿De dónde serán *éstas*?

—Quién sabe.

—Qué gorda es la señora.

—Dicen que el *diputado* se aficiona á Claudia. No es bonita; pero tiene *su lejos.*

—Aunque no lo tuviera; encontraría pretendientes lo mismo que la otra.

—Sí, por la posición.

—Eso......Se les ha *subido mucho* el puesto.

—Cuentan que en México no eran nadie.

—Seguramente. Yo cuando estuve *allá* ni *mentar las oia yo siquiera....*

—¡Qué taco!

—Y qué *físicas* son....

—Muy flaca está Luz Inguanzo.

—¡Mamá, qué moda sacaron los Frunquejes!

—Del *año de uno.*

—Las Gómez no parecen.

—Será prohibición del novio que es *un patarato y un ridículo.*

El General Aceituno, entre tanto, recibía á todos con benevolencia, saludaba con afabilidad y daba rienda suelta á su carácter democrático, dirigiendo á roso y velloso frases llanas y lisonjas enteramente campesinas.

—¿No baila, amigo? decía á cualquiera, dándole un golpecito en el hombro.

—¡Esta es noche de trueno, exclamaba!

Un momento que se encontró con Rábula, le dijo con ironía:

—¡Bien, señor Licenciado! Le dá usted "vuelo á la hilacha."

—¡Esta noche es de expansión! contestó el jurisconsulto.

Cuando veía á las parejas tropezar ó agruparse en algún lado, las aconsejaba bondadosamente el General con estas palabras:

—Vamos, hijitos *¡no se hagan bolas!*

Los concurrentes le preguntaban al Gobernador:

—¿Está usted contento?

—¿Quiere usted bailar?

—Ahí está mi hermana.

—Ahí está mi señora.

—Ahí están mis niñas.

—....Yo bailo danza, contestó el General.

Pero el más famoso de todos sus dichos fué el que dirigió á un miembro de la H. Legislatura, cuando le anunció que estaba listo el *buffet.*

—¿Qué me dice en inglés? le interrogó.

—Que está puesta la mesa.

—¡Ah! marchemos, camaradita, porque ¡no hay caballo flojo si lo llevan al pesebre!

....

. Después de la cena, en que menudearon los caldos escandalosamente, el Señor General Aceituno perdió la brújula.

....Bromeaba, dirigía cumplimientos familiares á las señoras, y reía, chocando su copa con todo el mundo. Se iniciaron brindis repetidos y hasta venenosos. El General Armadillo, que andaba también

fuera de compás, dijo al tomar una copa:

—Porque *eso* que se espera, sea la pura verdad.

Todos encontraron en esta frase un fondo lleno de explosivos. La esfinge había no solo hablado, sino prendido la mina. ¡Jesús nos valga! El General Aceituno se levantó, reprimiendo mal su enojo y dijo:

—"Señores: *síncero* como soldado, es-"taré en mi *linia*. No aguantaré abusos "ni *que metan mano*. Yo gobierno con pan "y palo; á los buenos les daré una cosa "....á los malos otra, que es el orden, "según dice el señor Secretario. Es mi "*dotrina* también desde que *andé* en la "revolución y fuí zapador. Lo digo como "lo he dicho cuando dije el otro brindis, "y no es hacerme de papeles, sino pa-"triotismo que es mi ley. Habrá orden, "premio al mérito en cuanto cabe, y me-"joras que es la base también. Por eso "brindo, por la *igualdá*, *el progreso*, *la* "*fraternidá*, la civilización y por el pa-"bellón nacional y nuestro digno Presi-"dente, que es el superior ...

A las dos de la mañana, los vapores del alcohol habían convertido el baile en verdadero *pandemonium*.

Concluyó la última danza á las cuatro, precisamense cuando Bermejo le decía á Claudita Aceituno:

—Aseguro á vd. que no olvidaré nunca estos instantes de suprema felicidad...

....

*
* *

Nada más porque no me creas maldiciente, lector amigo, excuso decirte, cómo fué que, mientras los convidados salieron por la puerta principal del edificio, por otra, que había en el jardín del Instituto, se escapaban varios mozos custodiados por gendarmes, llevando cajas de Champagne, barricas de Cerveza, carnes, pasteles, helados y hasta cubiertos y parte de la vajilla. La calumnia señala nombres y determinadas personas; pero ....¡Dios sólo sabe á qué bocas ó......á *qué bolsas* fueron á parar aquellas golosinas!



CAPITULO XV.

Que por referirse al "acuerdo privado", contendrá muchas epístolas importantes y algunos secretos, cuya reserva se recomienda al circunspecto lector.

DABAN las ocho de la mañana cuando llegó el General Aceituno á Palacio. La guardia se alistó para rendir los honores de ordenanza al señor Gobernador, y Don Candelario entró en el viejo edificio á tiempo que los soldados presentaban los fusiles y el corneta soplaba á pulmón lleno el toque correspondiente.

Subió el primer magistrado la carcomida escalera, seguido de su famoso ayudante Rodríguez Istiércol, quien, cerca ya de la sala de acuerdos, cuadróse delante de su jefe y dijo:

—¿Nada tiene vd. que ordenar, mi general?

—Que llamen á Pérez.

Don Candelario penetró en el pequeño departamento, que había de ser el lugar favorito de sus labores.

Adornado severamente aquel saloncito tenía el privilegio de ostentar, amén de sus muebles *encargados á México*, un magnífico retrato del señor Presidente de

la República. De ese lienzo fijado en artístico marco, surgió la bizarra figura del Jefe de la Nación, gracias al diestro pincel de Escudero y Espronceda. La obra costó un sentido al grupo de partidarios que la compraron para el Gobierno. Era una maravilla que envanecía á la ciudad y que se enseñaba con orgullo á los forasteros llegados de las vecinas comarcas.

Cuando Pérez acudió al llamamiento, ya vió á Don Candelario sumido en el muelle sillón y ocupado en arreglar los papeles esparcidos sobre la mesa.

—¿Trae vd. las cartas?

—Sí, señor. Tenga vd. muy buenos días.

—Téngalos vd. también.....Vamos á ver qué hay de nuevo.

—Estas cien cartas son de felicitaciones á vd. por *su ingreso á la Primera Magistratura del Estado.*

—Tráigamelas para acá; veremos de dónde son y quiénes las firman.....Bueno......Vea vd. todas estas, son de amigos...... Contéstelas, también de amigos ..quiero decir, cariñosas.....Vamos á ver....estas otras....como vd. sabe.... en términos comunes...¿me entiende vd.?

—Sí, señor.....aquí está una carta de Don Pedro Baturro.

—¿El Jefe Político que puso Armadillo?

—Sí señor......dice: *Sabiendo que varios vecinos chismosos de esta cabecera,*

han sorprendido el superior criterio de vd., me tomo la libertad de suplicarle que suspenda su juicio hasta que ponga la verdad en su punto.

—¡Ajá......ajá!......este es aquel de quien nos contaron que se coge las multas ¿se acuerda vd? Este es malo también. Lo conocí cuando andaba él traficando con una partida de burros....cuando la revolución .. después estuvo preso.... por no sé qué fechoría. ¡Mire vd. qué hombres tenía la administración pasada! Da vergüenza. ¿Y qué más nos dijeron de éste?

—Por el correo anterior se recibieron cartas de algunos vecinos de la villa, que decían....

—Sí....sí....ajá....me acuerdo bien ahora: decían que este es aficionado á la copa y juega á los gallos y persigue á la preceptora de la escuela, también...... ajá....dígale que se le llamará por la Secretaría del Despacho para que venga á hablarme....¿Qué más?

—El Jefe Político de Barbatlán participa á vd., que ha puesto el nombre de «Aceituno» al nuevo mercado que se construyó en la cabecera del distrito.

—Mire vd.....ahí tiene un hombre que sabe hacer las cosas. No lo digo por presumir de que haya honrado mi nombre ....sino que me da por la cuerda de las mejoras que son base del progreso material y moral.

—Ciertamente......ese empleado es muy activo.

—¡Y así es como debe ser, señor!.... ¡Si no se necesitan muchas letras *ni cencia* para las reformas del orden político y hasta natural!.....Trabajo.....¡eso es todo! Trabajo y afanarse y sudar el quilo.. ..Que se necesita una calle ¡abrirla! Que se necesita un *zócalo* ó kiosco, como le dicen hoy, para que toque la música ¡levantarlo! Que se necesita un puente ¡echarlo.......señor! Ahí está toda la política ¿no es así?

—Sí, señor.

—Bueno......pues déle á ese Jefe las gracias por todo, y que le siga metiendo el hombro á las mejoras y á la presa para el agua y al portal del Municipio Consistorial.

—Muy bien, señor.

—¡Ah! que sea muy cariñosa la carta....

—Así se hará, señor.

—¡Ah! que procure terminar todo para el día 16 de Setiembre y no olvide mi encargo también del caballo retinto, cuyo importe pagaré aquí, luego que el animal esté comiendo en mi caballeriza.

—Bien señor....Esta otra carta es de Don Primo Sablazo, que edita en México el periódico *La Integridad*. Dice..... *No quiero sino que vd. tome cien suscripciones de mi diario; quedan por este corto sacrificio, las columnas de mi periódico á su disposición, asegurándole á vd. que tendrá*

en «La Integridad» el defensor más acérrimo contra los diarios que lo censuren......

—Pero....señor....si este de *La Integridad* es el único que me está atacando ¿cómo me va á defender? ¿Contra quién me va á defender, señor? ¿Cómo va á ser una cosa y otra al mismo tiempo? Si piensa ser mi amigo ¿por qué es mi enemigo?

—De seguro lastima á vd. para venderle caro su silencio......Eso se vé todos los días.

¡En fin!....¿A cuánto ascenderá ya lo que se ha gastado *pa* los periódicos?

—Tres mil pesos. Aparte de los dos mil que se le tienen que pagar al señor Sebastián Barrendero, por los ejemplares de su libro aquel....

—Pues dígale que le daremos lo que dice; y mándele la *retificación* del párrafo en que dijeron que había ladrones en el Estado.

—Don Anastasio Pelillo, de Cuiltepec, se queja de que le cargaron la mano en el reparto de la contribución; asegura que la cuota que se le impuso es injusta, y solicita se le haga una rebaja.

—¡Si todos dicen lo mismo! ¿Se ha fijado vd? Todos quieren sacarle al Gobierno y nadie quiere darle al Gobierno ....Vaya, Pérez, ¿á que no ha visto vd. un gato con cabeza de perro, ni un ciudadano conforme con la contribución?

—No, señor.

—¡Pues si esto es *papable*, amigo! To-

dos buscamos nuestra propia *convenencia*, todos *rascan para dentro.*

—¿Qué quiere vd. que le diga á este Don Anastasio?

—Que pague....que se *amuele* ¡que todos nos *molemos* y nos *amolamos* también!

—Así se hará, señor.....

—Aquí tiene vd. otra carta: es de Don Lázaro Buendía; manifiesta que va á publicar una obra intitulada: «Ciudadanos Ilustres de la República,» y suplica á vd. que compre quinientos ejemplares. Desea que se le remitan los datos biográficos de vd., su retrato y cincuenta pesos para la edición.

Será este libro, dice, de gran interés para dar á conocer en el extranjero y en el país nuestras celebridades nacionales.

—¡Ajá! Es triste eso de que aquí se tengan que dar á conocer nuestras celebridades....pero no hay remedio. Porque, vea vd., me sucede á mí mismo; sé que hay notabilidades y no las conozco. Lo mismo puede pasar á los demás. ¡Qué caramba! Pues este jaque no tiene quite ......¡Es bueno que sepan de *uno!*...... Dígale que le mando mi retrato de paisano y si pueden volverlo de *melitar* en la litografía....que se haga....y compro la obra......y mandaré los detalles de mi vida.....Yo se los daré á vd., Pérez. ¡Si viera cuántas aventuras tengo! Se puede formar una historia, desde que fuí zapador, con los trabajos y peligros que tuve en

las guerras......¿Ya le *conté de cuando nos batimos en Barranca Honda?*

—Sí, señor.

Y el general, como herido por una corriente eléctrica, se levantó rápidamente y comenzó á decir, agitando las manos sobre su cabeza:

—Mire vd. Pérez......aquí no más me pasaban las bombas como del tamaño de un coco, y las balas chif,....paf·....silbaban, cruzaban y se estrellaban contra las piedras....Aquello era música, amigo....aquello ardía!

—Y hubo mortandad horrible, por supuesto.

—Pues eso fué lo bueno; que nadie murió, amigo....

Pérez finjió asombro y Don Candelario volvió á su asiento.

—¿Hay más cartas?

—Sí, una del Sr. Presidente de la República, que trajo un individuo que solicita audiencia.

—¡A ver!

La carta presentada por el Secretario, y que el mismo Don Candelario leyó, decía así:

«Estimado y distinguido amigo:»....

¡Oh bienaventurados del cielo! ¡Qué cara puso mi General Aceituno, cuando vió eso de *estimado amigo!* Se encendió su semblante como iluminado por una ráfaga de gloria. Sintióse el hombre, más general que Moltke, hinchóse de satisfacción

voluptuosa, y reprimiendo á duras penas sus emociones, tosió fuerte para echar fuera de sí una poca de la vanidad que le había nacido como tumor maligno en las mismísimas entretelas del corazón.

Cuando se le aclaró la vista, nublada por el vértigo de tanta felicidad, volvió á leer: *Estimado y distinguido amigo:*

Es portador de esta carta el Sr. D. Severiano González, quien pasa á esa capital para tratar con vd. un asunto de interés personal. Me permito recomendarlo en términos hábiles; y deseando que se conserve vd. bien, quedo suyo afectísimo amigo, ...etc.

Acabada la lectura, dijo Don Candelario con gravedad:

—Oiga, Pérez. Este es asunto serio, porque para colocar á ese señor, yo tengo que *ordenarle* á cualquiera que renuncie.... ¿Hay más correspondencia, Pérez?

—Sí, señor. Quejas del Distrito de Cabras contra el jefe, el juez, el cura y el maestro de escuela. Notician abigeato y escándalos en las municipalidades del partido del Norte.

—¡Estos son canallas! Vea vd., esas cosas no las arreglo con el Secretario General. Aquí solos vamos á gobernar mejor..... Para algo tengo mi libro de la Constitución....Hoy mismo busca vd. al jefe de los rurales que está aquí, y le dice que me mande un cabo ...

—¿No designo alguno de los conocidos?

—No señor, cualquiera es bueno para mandarlo á ese distrito revoltoso que requiere hombres así....de mano dura y callosa....

—Con el permiso de vd., me retiro.

Don Candelario sonó el timbre, y entró el capitán Rodríguez Istiércol, con mucho cuidado, porque llevaba una charola colmada de frutas de la estación y un enorme vaso de horchata.

—¿No tiene vd. nada que ordenar, mi general?

—Dí al Sr. Don Severiano González, que ha de estar ahí, que pase inmediatamente, y avisa á mi familia que hoy cómo con el Lic. D. Ulpiano Rábula.

—A sus órdenes, mi general.



CAPITULO XVI.

Por él conocerá el profano cuáles son las delicias del poder y cómo se pueden mezclar la política y la hidroterapia.



AMAS sospechó el señor Gral. Don Candelario Aceituno la comprometedora situación á que se veía reducido en el gobierno de aquella *entidad federativa de su digno mando.*

Soñó, para sus adentros, una administración libre de trabas y restricciones, en que predominara su autoridad sobre el respetuoso acatamiento de todos sus *comitentes.*

Fingió su imaginación un mando absoluto, sin compromisos ni complacencias, encaminado siempre al bien y prosperidad del país; pero, desde *su ingreso á la primera magistratura del Estado,* la *cosa pública* tomó un cariz demasiado alarmante.

Cuantos vieron al General, tantos le pidieron alguna gracia, algún favor, por pequeños é insignificantes que fuesen.

En cada epístola que recibió, había gato encerrado; cada grupo que le presentó sus homenajes, iba tras de un propósito; cada *comisión* que se le acercó, llevaba algo en el buche. Una audiencia era una

solicitud, un banquete significaba algún proyecto que se dejaba traslucir á la hora de los brindis; cada manifestación amistosa, tenía su *intríngulis* encubierto.

¿Le hablaba al general el magistrado Don Ulpiano Rábula? Era para exponerle que los códigos del Estado requerían pronta y radical enmienda; que las reformas de sus contradicciones y la corrección de sus deficiencias, debería encomendarse á una junta de jurisconsultos expertos, y agregaba que él, si se le hacía el honor de suponerle *competencia para el caso*, se hallaba *en la mejor disposición de prestar sus servicios incondicionales al gobierno.*

¿Conferenciaba con el señor Gobernador el diputado Bermejo? Pues era para deslizar mañosamente en la conversación la idea de que si, al verificarse las próximas elecciones, *quedaban las cosas en el mismo estado que antes*, consultaría la presentación de algunos proyectos de ley que, seguramente, serían del agrado del señor Gobernador.

Aquella multitud agitada y famélica, sólo trataba de repartirse la capa de.... presupuesto.

Aturdíase el primer magistrado, ante la enorme demanda de empleos.

Era seguido el general á todas partes; se le buscaba á todas horas, casi se le perseguía y se le acosaba.

El que menos lo solicitó para apadri-

nar una boda ó bautizo, concurrir á un baile ó presidir la bendición de una casa.

Todo era pedir y más pedir; en cambio, nadie le daba más que.... los buenos días, las buenas tardes ó las buenas noches.....

¡Y tardes, días y noches eran de perros para el primer magistrado!

Huía el bulto, se escondía de las gentes, pretextaba trabajos y enfermedades para escapar del asedio; pero sus perseguidores eran tenaces, perseverantes, impertinentes. Rondaban la calle de su casa, se aventuraban hasta el zaguán, ponían sitio al palco del gobernador en el teatro, lo atrapaban en plena vía pública, se colaban hasta el recinto sagrado del hogar.

En vista de eso, comenzó Don Candelario á no recibir más que á muy contadas personas.

Cierto día anunciaron á Don Serapio Gualdras, compadre y amigo del señor gobernador, rico finquero del estado y hombre sencillo aunque algo avariento.

—Voy á recibirle, dijo el general Aceituno. Este es rico y no tendrá que pedir.

—¿Y á qué debo la buena fortuna de verle por acá?

—¡Ah! señor Gobernador, para tener el gusto de ver á vd. y *al mismo tiempo* de saludarle y notificarle el matrimonio de mi hijo.

—¿Se casa Domitilo?

—Sí, señor compadre, y deseamos que usted nos honre una vez más, apadrinando al muchacho.

—Muy bien; con mucho gusto.

—Y para evitar rodeos en el registro civil, que nos favorezca usted con una orden para que no se nos moleste con requisitos y tonterías.

—La daremos.

—Y además, que se sirva usted mandar que...... ¡se nos dispensen los derechos!......

Desde entonces el General Aceituno, ya no recibió más. Pero, una noche, la cocinera pidió permiso para llegar hasta la alcoba del señor Gobernador.

¿Qué deseaba aquella mujer? ¿Iba á anunciar algún nuevo y sabroso platillo para la cena de aquella noche? ¡Nada de eso!

—Señor.......

—¿Qué deseas, hija?

—Quería decir, si su persona de usted me lo permite.

—Dí lo que quieras.

—Yo que no tengo en el mundo, después de Dios, más que la persona de usted que me ampare, había pensado hablarle .....

—Habla, pues......

—Para decirle que, como mi familia está sin amparo y yo soy pobre y...,,

—Al grano, al grano ¿qué es lo que pretendes?

—Pues hacerle presente á la persona de usted, que no dándome abasto mis salarios para....

—¡Ah! ya caigo: quieres que te aumente sueldo.

—No, señor.

—¿Entonces?

—Que me concediera usted la gracia de darle á un concuño mío, un destino vacante. Es zapatero y no bebe.

—¿Y qué empleo voy á darle al zapatero, hija?

—Pues.... Catedrático.

—¡Catedrático!

—Sí, de la clase de Zapatería en la Escuela de Artes y Oficios.

Todos estos sinsabores, habrían acabado con la salud á toda prueba, del General Aceituno, si éste dejara su régimen higiénico de vida.

El general era un gran madrugador y amigo de los baños fríos.

Todos los días á las seis de la mañana iba á zambullirse en el estanque de las afueras de la ciudad.

Pero hasta allí fueron los postulantes, para amargar su baño al señor Gobernador. El General Don Candelario, veíase cohibido por los curiosos que iban á verle en paños menores. Uno le contaba las cicátrices, otro le daba betún á sus zapatos, aquel le pasaba los calcetines.

—Esto es insoportable, dijo el General á su ayudante. Vamos á suspender el baño algunos días y después cambiaremos la hora de paseo; nos bañaremos á las cuatro.

Y dicho y hecho; una mañanita tibia, el Gobernador y su ayudante se dirigieron al baño.

—Ahora sí, dijo el General, somos felices. ¡Ya estamos solos!

Desnudóse á toda prisa y se echó al agua.

Nadando majestuosamente, llegó al lado opuesto del estanque.

Pero al tocar la orilla, vió un bulto que sobresalía de la superficie líquida.

¿Qué será eso? pensó el General, y se aproximó.

Era una cabeza humana, cuyos ojos relucían en la oscuridad confusa.

—¡Cómo! ¿tan temprano y ya tenemos otro bañista?......

—Sí, señor, respondió la cabeza; estaba esperando á usted.

—¡Caracoles! exclamó el General y viró á toda prisa.

Pero el hombre se lanzó en seguimiento suyo, y cortando el agua con agilidad, logró ponerse á la vera del señor Gobernador, diciéndole con voz suave y entre braceada y braceada, el estribillo de todos los que pedían:

—Perdone usted, señor, mi atrevimiento.... pero aprovecho...... esta buena oportunidad.......

CAPITULO XVII.

Se refiere á las costumbres del primer magistrado, y en él no se dirán cosas nuevas; pero sí algunas que revelan la energía y el carácter del mandatario.

MUY temprano, casi al alba, servíase al Gobernador una buena taza de café, su bebida favorita desde los días de guerra, la cual bebida, sea por su propia virtud, sea por la dosis de azúcar que contenía, dulcificaba un poco el mal humor con que ordinariamente se levantaba el General.

—Es mi hora brava, decía el señor Aceituno; siempre que ataqué en ayunas, vencí al enemigo. Con una copa en la cabeza ... triunfé también....

Saboreando su café hirviente y refunfuñándole á la doméstica, el señor Gobernador pasaba una media hora, oyendo el taconeo que daba en los corredores el ayudante Rodríguez Istiércol....

La operación de arreglarse para salir (breve como en tiempo de campaña) quedaba hecha. Unos instantes después, ya iban el primer magistrado y su indispensable satélite por las calles de la ciudad; el primero con su larga levita de paño

negro que imposibilitaba confundirlo con nadie, y el segundo, luciendo su uniforme de capitán, más pagado de sí mismo que Napoleón después de lo de Austerlitz.

La singular pareja no pasaba inadvertida para los transeuntes madrugadores, que saludaban respetuosamente al General.

—Señor, Dios le dé á usted muy buenos días.

—Mejores los tengan también, hijitos.

Pero no todo eran perlas para el señor Gobernador, porque, en aquellos días, ya le habían bautizado con el apodo de costumbre en las poblaciones pequeñas y en otras de más calibre; y (si no mienten las crónicas) Don Candelario era, para servir á ustedes, *el general Chorizón* y su ayudante, *Tripitas*. Hasta hubo algún atrevido malqueriente que envió al señor Gobernador un chorizo descomunal, con una tarjeta anónima, que decía: *Cómaselo para que se suicide.* La familia del general creyó que el regalito contenía veneno y se lo dieron á un can. El perro quedó salvo y sano; pero el veneno corrió de boca en boca, convertido en maledicencia....

Unas veces Don Candelario y su ayudante iban al baño, y otras á una casa solar, donde visitaban ¿qué piensan ustedes?...... ¡una cría de puercos!

Parece inverosímil el caso, pero los marranitos (de feliz recordación) tienen una

historia política, aunque corta, digna de apuntamiento.

Los compró Don Candelario (por conducto oficial) "para cruzamiento de razas y mejoramiento del ganado porcino." Echáronle el muerto á una rumbosa partida que figuraba entre los egresos con este rubro halagador: *Erogaciones para el fomento de la industria agrícola.*

Consta por los resultados, lo del cruzamiento de los marranos, pero en cuanto al mejoramiento, debo decir, y no es anticipar el desenlace de esta verídica narración, que no hubo tal, sino que los humildes cerdos fueron sacrificados uno por uno, según se iban cebando; y mucho antes de que el Gobernador dejara "las riendas del Estado," ya de aquellos hermosos lechones no quedaba ni pelo ni hueso......

Iba. pues, Don Candelario á visitar la cría, costumbre honesta que, no obstante, inspiró á los miembros de la oposición ya naciente, esta sangrienta frase:

—¡El General va á conferenciar con los de su círculo!

Terminado el paseo, regresaba el señor Gobernador, con un apetito desesperado, al almuerzo que se verificaba en compañía de la familia.

Al entrar en su casa le preguntaba invariablemente al mozo:

—¿Le *echaron* su maíz á los caballos?....

Daban las siete y media cuando ya es-

taba de regreso el ayudante, paseando por los corredores para conducir á su jefe hasta la Sala de Acuerdos.

En aquellos días el General se hallaba alojado ya en el mismo Palacio de Poderes y era de admirar la distribución y destino que se les había dado á los diversos departamentos del edificio. Baste consignar que de la recámara de Doña Claudia, se pasaba á la Contaduría Mayor de Glosa; el comedor quedaba tabique por medio de la Tesorería (para lo cual pudiera encontrarse más de una razón plausible); el Gabinete de Acuerdos andaba cerca de la sala de la familia, y lo que se hablara en el Salón de la Legislatura, podían oírlo desde su alcoba las hijas del Gobernador.

Ya se habrá advertido que este mandatario no se andaba con chicas en asuntos de boca.

A las once en punto, el cotidiano vaso de refresco y algunas frutas; á la una, gran comida, á la que muy frecuentemente concurrían dos ó tres de los íntimos de la casa. ¡Qué ameno era sentarse en aquel comedor á la hora del *piscolabis*, escuchando las disertaciones de López, los chismes de Bermejo ó los proverbios en latín macarrónico, de Rábula!

Luego.... nada de dormir, sino echarse á la calle para inspeccionar el puente nuevo.... que se debería llamar "Puente Aceituno".... O ver la plantación de

árboles en la "Avenida de la Democracia," ó dar su vuelta por el juego de pelota.

Algunas tardes el Gobernador salía solo con su ayudante; pero la feliz pareja poco disfrutaba de su soledad.... No salían de la primera calle, cuando......

—¡Cuánto gusto de ver á usted, señor General! ¿Va usted de paseo?

—Sí, señor Diputado.

—Pues *me haré* el honor de *hacerle* compañía.

—Gracias..yo seré el honrado también.

Y Rodríguez Istiércol se quedaba atrás y el Diputado se ponía al habla con el señor Gobernador. Unos instantes después; al volver de una esquina para tomar rumbo...... ¡Nuevos amigos!

—¡Qué fortuna, señor General! ¿Tratan ustedes de un asunto reservado?

—No, señor.

—Pues no les interrupo el paso.... seguiremos adelante....

Rodríguez Istiércol daba el lugar de honor al recién venido y..... andando.

Otro aparecido, dos después, y en seguida otro y otro más, y la pareja primitiva iba tomando incremento á medida que se prolongaba el paseo.

Todavía al regreso, y cuando ya aquella procesión parecía cortejo de difunto rico, había quien se incorporase al séquito.

Fué de eterna remembranza una tarde, en los primeros días de su gobierno, que el general pensó visitar el cuartel de la

Guardia de Seguridad Pública, y como lo pensó lo hizo. Llegó el primer magistrado, el centinela terció su arma, sonó la corneta y se pusieron en fila unos cuantos soldados que había en el interior del cuartel.

El centinela gritó con voz ronca:

—*¡guardea suiadanoo gobernaooor del estaoo!*

El señor Gobernador entró en el cuartel y dirigiéndose al teniente, le dijo:

—¿Dónde está el resto de la fuerza?

—En Palacio.

—¡Pero si en Palacio sólo hay quince hombres! ¿Y los demás del batallón?

—Están sirviendo en casa de algunos señores. Unos en la del ex-Tesorero, otros en la del ex-Secretario y otros en la del Magistrado y otros......

—Ya, ya comprendo.

Don Candelario enrojeció de ira y sin cuidarse de los de la tropa que le miraban confusos, dijo á sus amigos:

—¿Dónde están esas cien plazas que se pagaban mes con mes y lucían en las paradas de las fiestas de la patria?

—Con permiso de usted, mi General, repuso el Teniente—me atrevo á preguntar ¿qué hacemos con las mulas?

—¿Qué mulas?

—Hablo, señor, de las mulas del coche de mi general Armadillo, que aquí se estaban manteniendo...... y no sabemos qué hacer con ellas, por que han pasado revista y......

—Que se las lleven á su casa, de mi orden, y que sigan pasando revista esas mulas aunque no estén en el cuartel....

Pocas veces salía por las noches el General, pero casi siempre lo hacía con el diputado Ampula.

Mucho se murmuraba de estas misteriosas excursiones, y ya se habrá visto que aquellos díceres no andaban muy destituidos de razón.....

Las veladas del Gobernador eran de lo más animado que se haya visto: cantaban las señoritas Aceituno, Bermejo tocaba la flauta y decía chistes, López hablaba de las novedades del día, y Rábula disertaba sobre temperatura, cambios de estación, precios de víveres y otras cosas.

Allí iban también las directoras de los colegios á obtener gajes, y las «amistades» de la señora á pedir empleos de menor cuantía. Se hacía una política femenil en que no faltaba el chisme, ni sobraba la tijera.

Pocas veces presidía el Gobernador ese estrado.

—No me agradan cuentos de mujeres, decía, y se encerraba en su gabinete particular á escribir ciertas cartas que nunca vió ni el mismo Secretario Pérez. Esa correspondencia, escrita durante las altas horas de la noche, cuentan que encerraba la clave de los más graves asuntos del Gobierno.

CAPITULO XVIII.

Donde se ve el provecho que sacó el pueblo de algunos trabajos administrativos, y otras menudencias que conocerá el que leyere.

—Pues ahora se trata—dijo el General—de la cuestión del dinero. Tenemos el suficiente para sueldos y *otras necesidades del servicio.* Hasta nos *sobra un sobrante* para otras cosas, como la estatua, por ejemplo; pero es preciso *albitrar* más fondos para el fomento de otras mejoras, que son *mi idea,* como ustedes saben. ¿Qué hacemos?

—Mi opinión es—manifestó el Secretario de Gobierno—salvo el más atinado parecer de los señores presentes, que.... se aumenten los impuestos.

—Eso está indicado, expuso Bermejo.

—No hay otro recurso—contestó el Licenciado Rábula.

—Esa idea—agregó el tesorero Rapiña—tuve el honor de proponerla al señor Gobernador.

—Bien...... *rete bien,* continuó el General Aceituno. Entiendo que todos estamos *uniformados* en la materia *alministrativa* que se *rebate.* Ahora falta, nada más, como quien dice, *dilucilar* sobre qué lomo echamos la carga.

—Sí, señor, contestaron todos.

—Pues.... al hecho—ordenó el General.—Vamos á discutir el punto que se *controversa*.

—¿Opinan ustedes—preguntó el Secretario—que se haga recaer el nuevo gravamen sobre el comercio?

—Creo, según *mi leal saber y entender*, dijo Rábula, y expongo: *autoritate propria* ó, lo que es lo mismo, conforme á mi manera de sentir, que el comercio, señores, está colmado de impuestos considerables. Mi yerno es comerciante y.... verdaderamente...... no puede ya con tanta gabela como soporta.

—Tiene razón el señor Magistrado—interrumpió Rapiña.—Soy de parecer que bien pudiera pesar la nueva contribución sobre la industria.

—Permítanme una aclaración—observó Bermejo.—Nuestra industria es pobre, raquítica: más que obstáculos para progresar, demanda franquicias en bien de su desarrollo. Lo sé por experiencia: tengo dos telares y un molino que apenas cubren sus gastos. Si no fuera por el puesto que debo á la benevolencia paternal del señor Gobernador...... yo no podría vivir...... ¿Por qué no elegimos como *materia imponible* los coches y carretas?

—A eso objeto yo—dijo Rapiña—y no es porque tenga tres carretones en pro-

piedad—que dicho impuesto no es de nuestra incumbencia.

—¿Cómo no es de nuestra incumbencia?

—Sí, respondió el Licenciado López; porque sale de la *órbita administrativa* y es del *resorte municipal*. De suerte que... no está en nuestras facultades....

—¡Todo está en nuestras facultades! interrumpió el Gobernador. Pero lo que hay aquí es que hay pocos coches, aun entrando el mío en la cuenta, y, ni poniéndoles á cada uno mil pesos, se *llenaba el derrame* del impuesto.

—Estimo conveniente—manifestó el Licenciado Rábula—que fijemos la atención en la agricultura.

—¡Qué aberración!—exclamó el Secretario de Gobierno—¿Cómo vamos á cegar la fuente más abundante de la riqueza pública? ¿Quién piensa en comprometer el ramo que da más pingües rendimientos al tesoro? ¿Qué otro ofrece más seguro y cuantioso tributo? Lo que dan al erario las fincas, lo sé yo tan bien como el señor Tesorero. Ahí está mi rancho del *Zempazúchil*, hipotecado hace dos meses para pagar, para cubrir vencimientos de trimestres que debía al gobierno. ¡Eso es atroz! La gente de los campos sufre mucho. ¡Habría quizás un levantamiento! Propongo que le carguemos la cuenta al ramo de minería.

—Ahora soy yo—dijo el Tesorero—quien hace observar que apenas hay mi-

nería en el Estado. ¡En tres meses no se ha registrado un denuncio! Yo estoy en sociedad con los propietarios de las minas «El Escorpión» y «Tarántula» unidas, y todo se nos va en *rayas* de mozos. Eso está muerto......

—¡Es que aseguran que han tenido ustedes una bonanza magnífica!

—Pintaba bien, señores.....pero vino *una borrasca* que nos dejó temblando.

—Bien, dijo el General, no se distraigan del *ojecto.*

—Me permito indicar, señor, que se haga *descansar* el impuesto *en cuestión,* sobre la propiedad urbana.

—Deténgase, amigo, y no se me *desboque,* interrumpió el General. ¡Carancho! Todos *rascan pa dentro* y cada pastor busca su cabra. ¡También yo soy del número *uno* de caballería! Hace poco *me hice de la casa* de mi compadre Ruaño y la mandé *recostruir* y la tengo llena de *viguería,* de andamios y ya está la gente *dándole recio al trabajo,* y todavía tengo que pagar la *contenta*......... ¿Y quiere echarme también á mí la contribución? ¡Si allí voy á meter mis *guardados* y mis alcances que voy á cobrar!...... ¡Si ya *pagamos* no sé cuántos al millar!

—Señor, le suplico á usted me perdone. No me acordaba de ese asunto—dijo Rapiña.

—*¡Adios!* ¡Si se lo dije.......cómo no se había de acordar!......

rigiéndose á Pérez, le preguntó:—¿Qué otro papel trae vd. ahí?

—Es la respuesta que dará «El Remediador,» *nuestro* periódico oficioso. Aquí, como no habla el gobierno, le cargué un poco la mano. Vea vd....vean ustedes:

A «EL ECO PUBLICO.»

"Con su acostumbrada insidia, el órga-"no de los deturpadores que tiene el po-"pular gobierno del ameritado y probo "General D. Candelario Aceituno, se co-"lude en nuevos ataques contra todo el "personal de la Administración que rije "los destinos de esta importante entidad "federativa.

"No contestaríamos á cargos tan in-"fundados, como los que acostumbra el "colega, si no tomara el pretexto de un "fingido trastorno en un pueblo del Esta-"do, para dar corriente á *la ponzoñosa "baba de sus calumnias.* Sólo desprecio "merecen tales versiones, por ser ellas "palmaria mentira y por venir de tan *nau-"seabundo* origen. Por fortuna la Admi-"nistración del General Aceituno y su "círculo de amigos en que se cuentan es-"tadistas como el Licenciado López; ju-"risconsultos, como el Sr. Rábula; políti-"cos de la talla del Sr. Bermejo, y *jóvenes "de porvenir* como el Secretario Pérez, "están muy por encima de tan venenosos "vituperios, debidos á la pluma de los "que no han podido medrar al abrigo del

"Gobierno, y cuyos amagos al erario pú-
"blico, se han estrellado contra la honra-
"dez indiscutible del digno gobernante
"que dirige con certero pulso *el timón de*
"*la nave del Estado.*"

—¡Bravo.... magnífico!—exclamaron todos.

—Y agregue—indicó el General—que esos pillos no hallaron cabida en mi Gobierno también.

Cuando Pérez salió, Rapiña se le acercó al oído y le dijo:

—Es vd. un ingrato: para mí no tuvo vd. ningún elogio.

—Se lo haré merecido. Pierda vd. cuidado.

—Con que, señores—prosiguió el General—vayan á preparar el proyecto de ley, para decirle al Congreso que lo apruebe inmediatamente.

Los presentes salieron á tiempo que entró el ayudante, que era nuestro conocido Rodríguez Istiércol, á anunciar al diputado Ampula.

—Que pase—ordenó el General.

Entró Ampula con semblante halagüeño, como un general en los momentos de escribir el parte de la victoria.

....

....

—¿Qué de nuevo tiene, amigo? le preguntó Aceituno.

— Vine solamente á participar á vd.

señor General, que las muchachas quedaron contentas de su visita.

—¿Habla vd. de las pensionadas?

—No señor....de las otras.

—¡Ah.... ah....bien! (y sonrió dulcemente)

—La señora, sobre todo, se muestra agradecida por el pañolón.

—Vaya, vaya....¿con que les cayó bien todo?

—¡Ya lo creo, señor! ¡Si eso era natural! Se resisten á recibir en su casa á los muchachos sin porvenir y á gente de medio pelo; pero á un personaje de la elevada categoría de vd....de tanto mérito militar, de renombre....¡la primera figura del Estado!....¿Quién no cede?

—¿Y qué dijeron?

—Que han estado esperándonos todas estas noches....que cuándo volverán á tener el gusto de vernos por allá. Con mucho interés me preguntaron si estaba vd. enfermo ...y si no le hizo mal la velada aquella......

—¿Y usted qué les dijo?

—Que está vd. bien, muy complacido de sus finezas y que *su salud es de hierro.*

—Ya lo creo. Y aquí entre nos, si vd. viera cómo la he corrido y la corría desde que fuí zapador....Esta noche tenemos el banquete que nos da la «Sociedad de Obreros Libres;» pero mañana

véame vd., y nos damos nna vuelta por allá *en cuanto caiga la nochesita*......

El General tomó su bastón, su sombrero, que le pasó Ampula, y tocó el timbre.

Al punto se presentó el ayudante.

—Dígale á Pérez que esta misma tarde se pase por mi casa y me lleve escrito el brindis que debo decir en el banquete de esta noche.... Y luego, dirigiéndose á Ampula:

—¿Quiere vd. venir á tomar conmigo el aperitivo?....

—¡Con toda el alma, señor General!



CAPITULO XIX.

Historia de un monumento notable; reseña de su inauguración; leyenda del caudillo Carrizales.... Apoteosis.

BIEN sencilla es la historia de aquel celebrado monumento.

Aunque bisoño en la difícil tarea de gobernar, pensó desde luego el General Aceituno, *hacer algo que produjera efecto en las masas populares.* El erario público, que como el fénix, renacía de sus cenizas, no podía permitir grandes dispendios; los puentes, las calzadas y algunas otras mejoras en proyecto, eran de construcción dilatoria y difícil: se imponía, pues, la necesidad de intentar una obra de pronta conclusión y soportable costo. A este fin, y como idear cualquiera otra cosa, se fijó el señor Gobernador en *la erección de una estatua.*

Bueno....... habría estatua; pero ¿de quién? Este problema, que Don Candelario no podía resolver por sí solo, teníalo seriamente preocupado.

Una tarde que hablaba con el Doctor Don Joaquín Mortal, Director del Hospital y Catedrático de Patología en el Ins

tituto de Ciencias, abordó la cuestión de esta manera:

—Oiga, *dotor* ¿no tiene por ahí un *herue*? Lo estamos necesitando mucho.

—¿Un héroe? contestó el facultativo, no uno..... hay varios..... ¡si tenemos donde escoger! No hay más que nombrar á Hidalgo, Morelos, Allende, Aldama y tantos otros, sin contar los aztecas, zapotecas y tlaxcaltecas de feliz recordación.... También tenemos....

—No; interrumpióle Don Candelario, yo quiero *un herue de acá*..... *herue local*...... de casa, como si dijéramos así también.

—¡Ah.... oh! eso es otra cosa; pues.... no recuerdo *por ahora.* Es preciso pensar.... pulsar....

—Bien, piénselo y *luego después* me dice lo que pensó.

Por aquellos días se trató el asunto en la Secretaría de Gobierno, donde fueron consultados los eruditos más famosos de la población: *in cápite* el Oficial Mayor de la Secretaría, hombre versado en códices y pergaminos, algo conocedor de lenguas indígenas (porque indio era el tal) y además, coleccionador de *ídolos* auténticos y falsificados. El parecer de aquel oficinista, que casi estaba en opinión de sabio, bastó con superabundancia para el objeto que se deseaba. El cielo sabe de dónde fué á sacar el Oficial Mayor la biografía de un ciudadano, cuya

memoria iban cubriendo las ingratas cenizas del olvido...... Dió el sabio noticias, aunque pocas, suficientes para hacer viable la celebridad que se necesitaba; hurtóse, además, un cuadro antiguo que era el trasunto fiel del candidato á estatua, y aunque el retrato era nada menos que del cadáver del sujeto que iban á glorificar, vencióse el obstáculo en un momento, dando el lienzo á un pintor para que resucitara al difunto.

Una vez que, á falta de otro, fué aceptado el héroe propuesto por el Ofical Mayor, se encomendó á este empleado la tarea de formar la biografía del designado á la apoteosis, para repartirla en folletos el día de la inauguración de aquel monumento provincial que llamaba el señor Gobernador *una mejora*.

Envióse el cuadro á un artista de la metrópoli, para modelar la estatua, y se expidió convocatoria á los arquitectos para la construcción del pedestal.

Planos fueron y vinieron con proyectos de todas clases y gustos y precios. Uno costaba 10,000 pesos, otro 15,000, otro 20,000 duros. Cosa rara: el mejor era el más barato; pero se eligió el último, no se sabe por qué combinación oculta, entre Don Modesto Rapiña (el tesorero) y el ingeniero proponente.

—Lo notable de *mi pedestal*, decía el autor, es que armoniza el estilo griego y el mexicano: es greco-azteca puro, y en

él puse cornisas del Paternón y adornos de las ruinas de Mitla y del Palenque.

Arreglado esto, que era lo indispensable, el *órgano oficial del Gobierno* pudo publicar lo que sigue:

«Celoso como el que más, el ilustre go«bernante del Estado, de cuanto signifi«que gloria para nuestro país, no ha va«cilado *un solo instante* en decidir que el «suntuoso monumento con que se ador«nará la plaza céntrica de esta culta ca«pital, sea dedicado á la memeria del «egregio ciudadano Juan Manuel Carri«zales. Vivo está el recuerdo de este ve«nerando patricio. Guerrero era por tem«peramento, aunque nunca perteneció al «ejército; pero supo esgrimir las armas «contra las facciones que empañaban la «honra nacional y supo también vencer.

«Guardan sus esclarecidos hechos las «páginas de la historia, donde están gra«bados con letras de fuego. Sus triunfos «son: la toma del pueblo de San Francis«quito, llevada á cabo con trece hombres «contra cuarenta que tenía el enemigo; «la persecución de la gavilla de Juan el «*Tunero*, el terrible bandido que asoló «estas comarcas, y la heroica retirada «que verificó estando sitiado en Rancho «Venado, de donde salió burlando á sus «treinta sitiadores, acompañado de su «mozo fiel Adelaido Santiago.

«Si la implacable peste de viruelas nos «arrancó prematuramente, á tan valiente

«paladín del derecho y la libertad, *cons-*
«picuo por *todos conceptos*, el bronce lo in-
«mortalizará bien pronto, hoy que el Es-
«tado cuenta con un mandatario modelo,
«con un estadista perito, con un militar
«bizarro, con un jefe pundonoroso que
«sabe hacer justicia á quienes la mere-
«cen.................................
....
....

Mientras se aprobaban los planos del monumento y se fundía la estatua y se erigía el pedestal, la H. Legislatura se dió la mayor prisa en llenar aquel intermedio, declarando Benemérito del Estado al C. Juan Manuel Carrizales. Entre tanto, el Oficial Mayor trabajaba activamente, escarbando archivos y consultando ancianos y ancianas en busca de noticias referentes á la vida pública y privada del héroe. Uno habló del traje que tenía Don Juan Manuel; otro de sus costumbres; aquel de sus rasgos de carácter; éste de sus señas personales.

—Le conocí, dijo Rábula, una noche que hubo bautizo y *él* fué padrino. Tenía indómita fiereza....... hubo instante en que creí que ahogaba á su ahijado dentro de la pila bautismal...... Lloraba la criatura, y *él* frunciendo la ceja, la golpeaba contra la fuente, con furia, para imponerle silencio.... ¡Qué hombre! Tenía un modo peculiar de tomar chocolate: lo saboreaba hirviendo y sin pan. Se con-

tentaba con ver los bollos; pero con tanto enojo, que parecía que se los iba á comer....

* * *

¡Alabado sea Dios!...... Ya está la escultura de Don Juan Manuel Carrizales sobre su pedestal; ya está cubierta por un velo de manta ruin que la oculta á las miradas profanas del vulgo; ya se levantó, frente al monumento, un pabellón para *la comitiva oficial;* ya se adornó la plaza, que en lo sucesivo se llamará "de Carrizales;" ya se invitó á la prensa metropolitana y hasta llegaron cinco *reporters*, más bien atraídos por el tufillo de los banquetes, y la franca gorronería, y la constante francachela, que por el afán de dar noticias á sus diarios..... en fin, ya está hecho el programa de la festividad y en él figuran dignamente: el discurso del Lic. Juan Antonio Ampula, el acto inaugural del descubrimiento de la estatua, el paso doble que compuso expresamente el Director de la Banda y que se intitula "Lopr al Genio," la salva de veintiún cañonazos, y la serenata final con los fuegos de artificio, por añadidura.

¡Oh ilustre Don Juan Manuel! Cuando dabas tajos con tu sangriento sable en el pueblo de San Francisquito, nunca pudiste haber imaginado que rompías á machete vil las puertas de la inmortalidad,

¡Quién te hubiera predicho las horas de ventura que preparabas á tu pueblo!....

....

Vino el día deseado.

Ya había compacta multitud en la plaza, cuando llegaron el señor Gobernador y su lucido cortejo á ocupar sus puestos respectivos en el pabellón cercano á la estatua.

Sonó el Himno Nacional, dispararon las piezas, silbaron los cohetes en el aire y Don Candelario, seguido de la comitiva, descorrió la cortina que cubría el monumento. Después, desde el primer magistrado abajo, todos depositaron coronas de flores en la base ó sobre el pedestal, á los piés de la escultura.

Acto continuo seguía el discurso *alusivo.*

—¿Qué tal? preguntó Don Candelario á un médico que tenía cerca, y no era otro que Don Joaquín Mortal. ¿Se parece la copia al difunto?

—Ni vivo Don Juan Manuel se asemejaba tanto á sí mismo, como ahora...... en bronce.

Y entre los *reporters* se cambiaban estas frases:

—¿Tomas el discurso completo?

—Nó, porque nos han tratado mal. Es cierto que nos han pagado el hotel y las copas y el boliche; pero si no saco una subvención, doy *no más* un parrafito.

—¿Le hablaste al Gobernador?

—¡Si es un bruto! Me dijo: "No deje

usted de echar *párrafos y edictoriales* en mi favor."

—¡Tú verás!

Sonó la campanilla, subió el Licenciado Ampula á la tribuna y empezó el discurso, en que habló de todo menos del héroe.

Pero eso sí, salieron á colación *los torpes abusos del partido del fanatismo* y de *la barbarie;* el *sol de la libertad resplandeciendo* con más fulgor que las hogueras *inquisitoriales;* los grilletes rotos al *tremendo empuje* de la *revolución del 93;* la *sombra de Robespierre* que *se yergue* sobre los *negros fantasmas de la impostura clerical;* el pontificado que *rastrea* como *sierpe venenosa emponzoñando* los *ideales* de la *civilización* y *del progreso.* Citó el orador *El Mundo Marcha* de Pelletan, el "*esto matará á aquello*" de Víctor Hugo y parodió la frase de Gambeta: "*el clericalismo ¡he ahí al enemigo!*"

—¡Caramba! exclamó Rábula. Mi compañero Ampula, no recuerda que sirvió al Imperio.

—Es un bailarín, dijo Bermejo.

—Sí, manifestó el tesorero Rapiña (que bajo la capa de santo era un hipocritón de tomo y lomo) éste es un sinvergüenza que quiere ser gobernador. Habla porque se adjudicó casas......................

....

Dieron las once........ las once y media..... las doce..... las doce y media....;

y todos estaban rendidos de aburrimiento y adormecidos por el calor.

Sobre la multitud apiñada, sudorosa y atónita del pueblo, todavía á la una, se oía la voz estentórea, aunque vencida, del orador que gritaba: *atrás huestes traidoras del envilecimiento* y la *abyección; atrás hordas famélicas de siluetas macabras que se desbaratan al soplo del movimiento civilizador; atrás ¡yo os maldigo en nombre de la historia!*..........



CAPITULO XX.

En que se verá lo que se pensó hacer y fué hecho con motivo del "día onomástico" del General Aceituno.

DOS subscripciones *se corrieron* entre los empleados: la primera general, organizada por "los de más copete" y cubierta por todos, desde el alto Oficial Mayor, hasta el más humilde meritorio. El producto de ese primer *derrame* se destinó á un objeto valioso, cuya compra de ningún modo hubiera acometido el haber de un solo individuo. La segunda subscripción fué (conforme decían los términos de las listas) *económica de cada departamento*, y se invirtió en el costo de bien combinados tarjetones que, ya con letras de oro, ya en caracteres impresos á varias tintas, contenían "la más atenta y respetuosa felicitación" dirigida "al digno Gobernante del Estado," al "ilustre General Don Candelario Aceituno" como "prueba" ó "testimonio de simpatía sincera," "acendrado afecto" y "profunda adhesión" de sus empleados. Y allí seguían las firmas, en orden correcto de formación tipográfica, ó bien, mezcladas

tante ser diputado, era un jugador empedernido:

—Es bueno *cargarse á la que viene.....*

Amaneció el risueño *día de días* del venturoso gobernante, y en esa fecha, el *Periódico Oficial* apareció también en edición extraordinaria, con el siguiente párrafo en el lugar de honor y con los caracteres de más bulto.

"El Redactor y empleados de este pe-"riódico, órgano del Gobierno del Estado, "tienen la alta honra de presentar con los "homenajes del más profundo respeto, su "sincera y leal felicitación al digno go-"bernante, al denodado patriota y defen-"sor acérrimo de las instituciones, al pri-"mer magistrado de esta Entidad Federa-"tiva, General Don Candelario Aceituno, "en su día onomástico."

Y á renglón seguido venía el editorial, todo encaminado al mismo tema, que principiaba así:

"La sonrosada aurora de un día de "venturanza, se dibuja en nuestro cielo "político, anunciando el más halagüeño "porvenir á los hijos de este heróico pue-"blo.......

Y seguía una serie de piropos para Don Candelario, tan sabidos y manoseados como todos los que sirven para dichos trances.

Al toque de alba se había izado el pabellón nacional en los edificios públicos, al golpe de la banda y del Himno,

Las músicas no paraban de recorrer las calles.

A las nueve, verificóse la "recepción oficial" en Palacio. Una multitud de curiosos dejaba con dificultad en la plaza y los portales, el paso libre á las corporaciones, según iban llegando. Frente á la mansión de los Poderes, los alumnos de las escuelas públicas estaban alineados militarmente. Cada escuela llevaba su estandarte, y todos los niños ostentaban traje nuevo ó pasado por agua y jabón.

—¡Viva el ciudadano Gobernador! gritaban los maestros.

—Vivaa..... respondía el batallón infantil, radiante de alegría.

Entre tanto, venían y seguían llegando comisiones y agrupaciones. Los diputados, serenos y arrogantes; los magistrados, que eran el cenáculo de la ancianidad, cabisbajos, severos, como si fuesen á "fallar en tercera instancia;" los militares, de uniforme nuevo; las sociedades de obreros, con una mezcla de trajes y composturas de lo más disímbolo que darse puede.

El telégrafo trabajaba sin cesar, y ese día el correo entregó cuatro veces más correspondencia que de ordinario.

El ceremonial de recepción era sencillo. Entrada en el salón de recibir, *genuflexión* de los felicitantes, discurso del miembro que presidía el grupo, y.... abrazos fuertes, raptos de emoción, muchas cor-

tesías recíprocas y despedida. Ninguna etiqueta; todos entraban según el orden que les tocaba (como en los consultorios).

—Viva usted muchos años, señor General.

—Gracias, hijito....... gracias...... tú también.

—Mil días como éste, señor.

Gracias también. Pero ¿dónde iban á aguantarme tanto tiempo?

—Quisiera decirle á usted muchas cosas, señor; pero me conformo con la humilde elocuencia del silencio.

—Muy reconocido por todo.

—¡Señor! Que el año próximo *me quepa* la honra de verlo, como hoy.

—Y yo también á usted, y muy agradecido ¿eh?

Bermejo, tras de su discurso, le dijo familiarmente:

—Señor, después de haber tenido la alta satisfacción de estrechar á usted su mano, me da pena lavarme las mías.....

—Gracias.... por eso; así no se parecerá á Poncio Pilato.

Sobresalió entre todos, como siempre, Rábula, por su erudición arcaica de viejo legista.

Comenzó diciendo: *Morte nihil certius est, nihil vero incertius ejus hora* (nada hay más cierto que la muerte, ni más incierto que su hora); pero agregó que este principio de los viejos, no reza con los grandes hombres que gozan la inmortalidad.

Elogió las grandes cualidades del General Aceituno, afirmando que poseía todas las virtudes, porque teniendo las mayores, debía ostentar las más pequeñas, conforme á la vieja ley del Digesto, que dice: *Minus semper inest in eo quod plus est......* Aludiendo á las mejoras de Aceituno, afirmó que si no eran muchas, eran buenas, en lo cual seguía la gran disposición: *Minus est pauca idonee et caute agere quam multa interesse periculose* (es mejor hacer pocas cosas atinadas que muchas con peligro). Y terminó diciendo al General: *¡Mediam viam tenuere beati!* (¡felices los que en la vida y empleos, han tocado á la mitad de su camino!)

Esto fué de gran *chispa*, porque le hizo entrever al Gobernador otros destinos más altos.

Aceituno quedó satisfecho, aunque, como siempre, poco entendió, lo mismo que los demás, de tanta palabra extraña.

Cuando llegó el Gobernador á su casa, ya estaba allí la mayor parte de los regalos que se destacaban sobre una mesa, entre tarjetas y mensajes. Un relox de oro, obsequio de López; una silla de montar, obsequio de Bermejo; un dije portacabello........ obsequio de Ampula; un ejemplar de la Constitución local en lujosa pasta con este espeluznante rótulo: *Ordine turbato sucedis barbare* (turbado el orden, queda la barbarie) obsequio

del Lic. Rábula; un *poncho* magnífico, obsequio del Oficial Mayor; una vajilla, regalo de cierto comerciante que hacía negocios con el Gobierno; un fistol de brillantes, envío del tesorero Rapiña; la escritura de donación de un terreno, obsequio del Recaudador General de Contribuciones; una espada de Toledo, obsequio del General Armadillo; un par de espuelas, obsequio de Rodríguez Istiércol; pantuflas bordadas, obsequio de unas niñas pensionadas por el Gobernador; tres pecheras y seis pañuelos con primores de labor femenil, envío de la escuela "Candelario Aceituno;" un cuadro de retratos, del Administrador de Alcabalas, empleados y meritorios de su oficina; una pistola que mandó el Jefe Político y otra multitud de objetos.

¡Ah! pero lo que no debo olvidar, es el magnífico caballo, enviado por la diputación de México, animal que tenía excelente *estampa* y sobre todo (y era lo que sorprendía á los neófitos) la cola á medias ó á cuartas, para ser exacto. Ya *El Indio* estaba en su caballeriza, haciéndole compañía al *Coyote* y siendo la admiración del ayudante Rodríguez Istiércol.

Las partes del programa se cumplieron con puntualidad; hubo comelitón, baile y fuegos. Se brindó como de costumbre, y el vino produjo sus naturales efectos.

La fiesta tuvo sus lunares, sin embar-

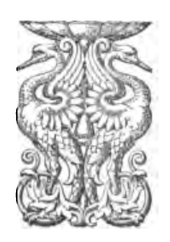
go: ardió, cuando empezaba á dominar los aires, el globo de Don Faustino Alegría; no se concluyó la obra de la casa del Gobernador, obsequio que pretendía hacerle el Ingeniero del Estado, quien vió defraudados sus deseos por más que atizó á los mozos y dobló la gente; y por último ¿lo diré? Candelarito, el hijo de Don Candelario, el niño consentido de la ciudad, tomó una *turca* de primera fuerza después del *gaudeamus*, y salió á echar bravatas en la vía pública, alarmando al vecindario y poniendo en conflicto á los gendarmes.

Al día siguiente, cuando se le dió aviso al señor Gobernador, respondió:

—No me gusta eso; pero la verdad es que el chico está *saliendo á mí*, y es muy *bragao* también.

—¿Cuánto importa todo lo que te regalaron? le preguntó Doña Claudia á su marido.

—La verdad, creo que pasa de dos mil......



CAPITULO XXI.

De los oposicionistas y de cómo nacen, crecen y se reproducen estos elementos indispensables en toda república liberal y democrática.

EN la Botica de la Salud que era de la propiedad del Sr. Dr. Mortal, pero que dirigía el farmacéutico *práctico* Don Atanasio Mendaña, se reunían, al caer la tarde, hasta nueve personas, que eran, por decirlo así, las lenguas más escogidas de la maledicencia local.

En otros luctuosos días disfrutó la población el fementido orgullo de tener un periódico semanario, abiertamente oposicionista, que atacó sin descanso al General Armadillo y los hombres más visibles de su administración.

Dirigía este órgano hostil al gobierno, un *tinterillo* de nota, bien amañado en las polémicas de la prensa militante, y hábil en la escabrosa tarea de buscar dolores de cabeza á los hombres del poder. Cauto difamador, tanto en prosa como en verso, sabía decir cuatro verdades ó mentiras al pinto de la paloma, sin importarle

un comino la reyerta personal, la denuncia ante los tribunales ó el reto en forma, muy raras veces usado en las capitales de provincia.

El *tinterillo* era el director, redactor, corrector y gacetillero de "La Voz Constitucional;" pero sufragaba los gastos que requería dicha publicación, un viejo abogado á quien el *tinterillo* consultaba en sus negocios y que andaba, años hacía, tras una magistratura, que se le negó siempre, porque el jurisconsulto gozaba, entre la curia y sus parásitos, la fama de pícaro más merecida que se ha discernido en el mundo.

Nada extraño ofrece, pues, que el Lic. Julián Chicanero fuera el eterno enemigo de las autoridades constituidas, y que hubiera arrastrado en la senda de la oposición á su satélite y discípulo el *pasante de Derecho* Bibiano Urrutia.

Imborrable fué la campaña que hizo contra Armadillo, el tal Bibiano Urrutia. De memoria se sabían aquellos sonetos que se titulaban *Siluetas Contemporáneas*, en que se ponía á cada personaje como digan verduleras. Todos se acordaban de la silueta de Rábula que decía:

Larga nariz, berruga prominente,
el largo cuello de latín repleto,
honda la voz, pero el cerebro escueto
y en la ciencia forense, deficiente....

Y nada quisiera decir á ustedes de la

semblanza de Bermejo, que principiaba así:

Sanguijuela de todo gobernante;
en la cloaca oficial, gota de lodo....

Una de las más comentadas fué la de Rapiña, en la que le lanzaban estos cargos:

Andas tras de las arcas del tesoro,
buscando el vil metal que te enamora;
la mano aprestas, y llegando tu hora,
sacarás del erario todo el oro....

Con gran mansedumbre toleró Armadillo todas esas lindezas; pero cuando le llegaron á lo vivo, y advirtió una alusión personal en el primer artículo de la *Galería de Hombres Rojos*, entonces....(permitan ustedes que no lo diga, porque á fuer de narrador veraz, ignoro cómo sucedió la cosa) entonces, repito, se suspendió "La Voz Constitucional," sin que apareciera su último y más fulminante artículo que se llamaba: *¡Abajo las caretas!* y que circuló, copiado á mano, entre los asiduos parroquianos de la Botica de la Salud.

Vino «la regeneradora administración» del señor General Aceituno, y tanto Don Julián Chicanero y su émulo Bibiano Urrutia, como los demás miembros del *círculo* oposicionista, guardaron una actitud espectante......Pasaron los días y los meses, se hicieron los nombramientos más importantes, y como Don Julián no obtuvo ningún puesto en el Tribunal, que

era lo que anhelaba, ni Bibiano recibió el título de abogado *por orden superior*, echaron con los suspiros de su desconsuelo y «decepción política» los primeros "vientos de fronda" que habían de soplar contra el gobierno aceitunista.

Pero no eran estos los únicos individuos que empezaban á poner lunares sobre los actos y personas de ese nuevo gobierno. Figuraban entre *los descontentos*, los *caídos*, es decir, los que formaban el personal adicto á las dos adminstraciones anteriores, y que en la última, la del General Aceituno, quedaron sin puestos; un comerciante que hacía negocios con el Gobernador pasado y que se hallaba en desgracia; dos caballeros que seguían ruidoso pleito contra una casa mercantil, y fueron condenados con costas, daños y perjuicios; y, por último, varios estudiantes, llenos de juvenil ardor, mal dirigidos por dañosas lecturas, y fácilmente explotados con frases aduladoras y buenas esperanzas, tanto por el licenciado Chicanero, como por los otros prominentes personajes de la *oposición*.

Las reuniones en la Botica de la Salud venían á suplir la falta de cualquier diario polemista, por necesario que fuese. Allí se discutían, censurándolas acremente, todas las disposiciones oficiales; dábanse opiniones virulentas sobre el desasierto que presidía en la elección de nuevos empleados; circulaban anécdotas terribles sobre

la vida privada, y se ponían motes é inventaban calumnias sin tasa, sobre todos y cada uno de los sujetos que estaban con el pandero en la mano. Capitaneaba el grupo el Lic. Chicanero.

Una tarde que Don Julián tomaba rapé fuera del mostrador, y, en el interior de la tienda el experto Mendaña preparaba una purga con sujeción al *récipe* del Dr. Mortal, llegó el infatigable Urrutia y le dijo á su amigo y protector:

—Don Julián, ¿no sabe usted á quién han *electo* para la vacante que dejó en el Tribunal Superior el Lic. Artigas, que en paz descanse?....

—No, hombre, vamos á ver.....

—¿A que no lo adivina usted?

—No acierto. Será algún amigo de Rábula......Está metiendo allí á todos sus compadres.

—Pues no, señor.

—Entonces......

—Han puesto allí á Luisito Camelo, el sobrino de Ampula.

—¿Ese petimetre que hace poco *recibieron* de favor y á quien le escribieron su tésis los estudiantes?

—El mismo!

—¡Pero esto es una atrocidad! ....¡someter el estudio de las cuestiones más delicadas, á un barbilindo que no sabe lo que es Código Civil! Vaya....vaya.... Mejor se lo hubieran dado á un zapatero

......siquiera sabría coser los expedientes....

—Pues yo lo veo muy natural. El *influjo* de Ampula es poderoso. Como que es el que ha conquistado á las Rasquillas para las juergas del señor Gobernador....

—Evidentemente....No sé porqué razón no hicieron al compañero Ampula en vez de diputado.....*alcalde* ....¡Estaría en su cuerda!

—Eso está (dijo Mendaña, manejando el mortero) tan acertado como el nombramiento del cabo de rurales para Jefe Político..

—Y como la diputación de Bermejo y la prebenda de Rapiña.

—¡Mire usted que se necesita valor para hacer al gato despensero!....

—¡Ah, si tuvieramos todavía "La Voz Constitucional," qué julepe le daríamos á esos granujas!....

—¡Pero *ni siquiera eso es posible*, señor!....

El cuerpo de *oposicionistas* fué integrándose paulatinamente, y á las ocho de la noche la Botica de la Salud se asemejaba á un club revolucionario.

—¡Ah, exclamaba en la trastienda el Lic. Chicanero, conozco á Candelario bien, y sé que es eminentemente bruto. El hombre nefasto de este gobierno es Ulpiano Rábula.

—Perdone usted, señor, le dijo el comerciante Campero; yo entiendo que es

malo Rábula, pero no le llega á López, el Secretario, ni al tobillo. Este López era Juez cuando fallaron mi pleito, y acuérdese usted, qué mal se manejó...

—Rábula se ocupa sólo en cosas de justicia. López mete la mano en todo, dijo Mendaña.

—Y el Gobernador mismo, replicó Urrutia, á quien ustedes, con el pretexto de su tontera, dispensan sus desbarros; ¿no es un déspota y *estorcionador y abusivo?*

—Sí, sí, observó Don Julián......Hay veces que se pasa de la línea....

—¿Qué me hizo á mí cuando solicité mi examen *á título de suficiencia?* volvió á decir Urrutia. Nada, me dijo que no podía violar la ley....que no está en sus facultades....que llenara todos mis cursos....

—En tiempos del General Armadillo teníamos, prosiguió Don Julián, puerta abierta en el juicio de amparo........El Juez *era amigo*......

—Sí, señor, porque era usted.

—Pero, por maquinaciones de ese majadero Rábula, *tuve que renunciar* y estamos hoy á merced de un viejo rancio y de un mandarín cimarrón....

—Y de un Secrerario, dijo Campero, que no es más que un *jesuita* y pérfido y malvado......

—Y de un Gobernador que es ¡un poste! concluyó Urrutia.......

—¡Qué abyección!

—¡Qué ignominia!

—¡Qué vergüenza!

El coro de conspiradores declamantes fué despejando el interior de la trastienda de la botica, donde se había encerrado precautoriamente, al iniciarse la explosión de sus iras.

Momentos después, quedaron solos Chicanero y Urrutia, que se despidieron al último del complaciente Mendaña.

—¿Está usted listo para trabajar esta noche? preguntó Don Julián cuando iban por la calle.

—Como siempre.

—Pues vaya usted á casa y le dictaré la próxima correspondencia que debemos mandar á México para que la publique *El Eco de los Estados*. Ya sabe usted: disfrásele mi estilo, escríbala como las otras y mándela certificada con nombre supuesto.

—¿Y qué puntos *trataremos* en ella?

—Tengo tres: *Inutilidad de las mejoras implantadas.... Cuánto cuesta el camino carretero de Cuajimatlán Y últimos desaciertos administrativos......*

—¡Hágame usted un favor!

—¿Cuál?

—Lárguele un tiro á *los abusos cometidos en los exámenes profesionales.*

—Se lo pegaremos. ¡No faltaba más!

CAPITULO XXII.

Por la «Memoria Administrativa,» resumen, fin y compendio de los actos gubernativos, se echa de ver cómo se maneja el consabido timón de la nave del Estado.

MUY grande era aquel volumen que constituía la célebre "Memoria;" pero así, ni más ni menos, ordenó expresamente el señor Gobernador que debía formarse, para dar mayor bulto á los trabajos de la administración y hacer notar su importancia con sólo ver la magnitud del tomo.

—Así ha de ser, le decía al Lic. López, abriendo los brazos y poniendo rígidos los dedos; un librote de este tamaño.... para que se advierta todo lo bueno y nuevo que hemos *implanteado.*

No hay que decir que las superiores indicaciones fueron obedecidas con la acostumbrada puntualidad, porque la" Memoria" resultaba flamante, gracias al conato que pusieron en la producción de la obra, desde el Secretario de Gobierno que la redactó en la mayor parte, hasta el último de los impresores que la dieron á la estampa.

Unánime fué el aplauso con que se recibió el primer ejemplar entre los íntimos del círculo Aceitunista. Se admiraba el acopio de datos que contenía aquel informe *circunstanciado* de las tareas del gobierno, en el curso de dos años de fatigas.

Era notable en el libro, el sinnúmero de *estados* que se hicieron sobre multitud de casos y cosas que giran.... *dentro de la órbita* de las *funciones administrativas* en sus distintos ramos. Todo estaba allí: balanza de cuentas, nóminas, registros del catastro, notas estadísticas, algo de historia del Estado, etimología de nombres indígenas, noticias de la flora y la fauna regional, clasificaciones botánicas......

Lo más encomiado eran doce fotografías que ilustraban el texto y representaban las principales obras realizadas en los primeros años del gobierno del General Aceituno.

Había cumplido bien Don Candelario sus promesas. ¿Quién osaría negarlo al ver el monumento erigido en honor del benemérito Carrizales, el Palacio Municipal de la cabecera del importante distrito de Tlacotlán, la cárcel inaugurada en "Villa Aceituno" (en otro tiempo Santiago Calixtle) y el puente sobre el río del Perro, que ponía en contacto la vía carretera de Pueblo Nuevo, *vía utilísima*, vía *de gran tráfico* y que conducía, entre

otros lugares, á cierta finca comprada recientemente por el señor General?

Sería largo referir los afanes que costó la famosísima "Memoria" y el trajín que ocasionó en oficinas y departametos públicos.

A tres empleados les causó males de trascendencia en la salud, y á otros, que poco hicieron en la obra, les valió envidiable consideración y ascensos nunca soñados.

No se mostró el volumen más que á unos cuantos que lo vieron concluido y listo para presentarse á la H. Legislatura, el día en que el Gobernador del Estado debía *rendir el informe de ley*.

—Jamás me había fatigado tanto como con este trabajo de la "Memoria," decía el General. ¡Ni cuando era zapador y le *metíamos fuerte* á la fagina también!

—Una tarea laboriosísima, añadía Rábula, cansa; pero *¡labor vincit onmia!*

—A mí nada me rinde, replicaba el General; sólo que, con tanto pensar, se *vence el celebro*.

—No es el oficio de gobernar para tener descanso, observaba López.

—Al fin se canta la gloria, concluía Bermejo......

Un día, el 16 de Septiembre, que era el fijado por la Constitución local, se presentó el señor General Don Candelario Aceituno en el salón del Congreso, para leer su informe reglamentario.

Todo el público de las grandes festividades, se hallaba en el recinto de la Asamblea Legislativa.

Observóse el ceremonial de costumbre, al recibir al primer magistrado, quien tomó asiento á la izquierda del señor Presidente de la Cámara, que era (debe suponerse) Ampula el favorito.

Reinó solemne silencio, y el General, con voz entrecortada por la emoción y temblándole el cuaderno entre las manos, leyó su discurso.

Daba principio con el ramo de Gobernación: las relaciones con el Gobierno Federal y los demás Estados de la República, cordialísimas: se habían nombrado comisiones para trazar las líneas divisorias entre el Estado y las *entidades limítrofes;* diéronse disposiciones para evitar el desarrollo de la peste *variolosa* y noticiaba que el *feroz acridio* que había devastado los campos en el distrito Norte, ya había franqueado la frontera. También se dictaron medidas contra las *gavillas* que *aparecían* en algunos pueblos y se *fomentaron* el Hospital y el Hospicio, propagándose la vacuna por los cuatro puntos cardinales....

En instrucción pública, la cosa no iba tan bien, por *no permitirlo aún* los recursos del erario; pero *eso no obstante*, se fundaron algunas escuelas y se compraron útiles y aparatos de Física para el Instituto de Ciencias. Además, oído el

dictamen de un sabio arqueólogo, conservador de monumentos antiguos, se había puesto un «barandal» á las ruinas notables que había en el pueblo de Tlaxcolometán.

La gestión en guerra, había sido eficaz como podía verse por la nueva organización de la guardia de Seguridad Pública, la compra de carabinas Remington, en sustitución de las viejas que tenía la tropa, y el vestuario de ésta, contratado últimamente, á más de la compostura y *montaje* de las dos piezas de artillería que inutilizó la guerra de intervención y se pusieron en servicio para las salvas. Se decretó una pensión en beneficio del nieto del benemérito Carrizales. . .

Al ramo de Justicia, se le prestó la atención debida, disponiendo el establecimiento de una junta encargada de reformar los códigos y el aumento de tres jueces de *ambos ramos* para las cabeceras donde hacían falta....... Se compraron muebles para el Tribunal Superior y se prometía hacer lo propio en beneficio de los juzgados de la capital, que por lo pronto, se habían pintado y aseado convenientemente.

Sobre Fomento había mucho que decir y se dijo. Además de las mejoras, que arriba indiqué, había otras: una *pavimentación* en las calles principales; *erección* de tres mingitorios públicos, el *relleno* de una zanja que infestaba la ciudad; compra de un relox para el palacio, reparto de

boletas para el censo próximo; subvención *para el* mejoramiento de la industria agrícola, con la historia de los marranos de marras; apertura de tres caminos, y una fuente allí, y un kiosco por allá.

En Hacienda, la situación no era bonancible *al presente*, por las grandes reformas *á que había tenido que hacer frente* el gobierno; pero prometía mejorarse mucho, con las equitativas y bien fundadas disposiciones que decretó la Asamblea, aumentando los impuestos..... especialmente....... ¡el de la caña! que era el mejor. Además, se había cuidado de guardar *la mayor pureza* en la recaudación y manejo de caudales, obteniéndose con ésto grandes economías. Los *estados* de la "Memoria" demostraban el movimiento de fondos y la razón por la cual solo quedaban en caja $*1,534.03 cs*. Pero, pronto nadaría en oro la tesorería, si se aprobaban nuevas disposiciones que *serían sometidas al ilustrado criterio de los representantes*.

Recalcó bien el señor Gobernador lo de la pensión al nieto de Carrizales, que era un desventurado indígena, al que disimularon la miseria en que se hallaba, con *la dotación* de 10 pesos mensuales.

Y largo sería enumerar con minuciosidad cuanto dijo Aceituno sobre sus obras.

El Presidente de la H. Legislatura le contestó en *términos generales*, no dejando, por supuesto, de colmar de elogios al

Ejecutivo por su acertada gestión administrativa, en la que *se cifraba ciertamente el porvenir más halagador* y el *más seguro progreso del Estado.*

Esta corta arenga y la anterior fueron saludadas con nutridos aplausos de una muchedumbre, dócil y benóvola, que tributaba sus ovaciones con la mayor buena fé del mundo... ....

....

Ese día hubiera sido de completa felicidad para el buen Don Candelario, si no se exacerbara en la noche una afección cardiaca que de años atrás padecía y era de gravedad, según la opinión de los médicos.

Aquí consta que no hay dicha segura en el mundo, ni bien duradero para los pobres mortales, aunque se hallen colocados en las elevadas cimas del poder.

El Doctor Mortal, que atendió al enfermo, dió mal pronóstico; y era cosa segura que cuando dicho facultativo sentenciaba, el fallo era más terrible que los que daba el Lic. Don Ulpiano Rábula al pié de considerandos y resultandos.

—Temo por el señor Gobernador, dijo Mortal; esta enfermedad lo llevará á la tumba.

Y Doña Claudia y sus hijas lloraron sinceramente y los amigos gimieron por temor á un próximo cambio administrativo.

CAPITULO XXIII.

En que ya principia el fin de los curiosos y verídicos acontecimientos de esta renombrada historia, demostrando lo que valen las pompas y las vanidades de este mundo.

CIRCULABA la noticia, con bastante insistencia, entre los personajes más, allegados al solio gubernaticio; pero la verdad es que nadie podía vanagloriarse de poseer el secreto, porque ni Pérez, el Secretario particular, ni el Lic. López, Secretario General del Despacho, ni Rábula, alto empleado y de los más entrometidos en las cosas ocultas de la política local, *tenían cara de saber algo* sobre aquella misteriosa especie.

Varias veces se la confiaron al diputado Bermejo, *en el seno de la más íntima reserva;* pero él la rechazó de plano, dándose ínfulas de hallarse en los más recónditos pormenores de la marcha administrativa.

—¡Si algo hubiera *de eso* . . . dijo solemnemente,. . . . . . .lo sabría yo! . . . .No veo en tales *versiones* más que ponzoña de las víboras del General Armadillo.

Algún magistrado del Tribunal Superior, llamó discretamente al Lic. Rábula,

y conduciéndolo al fondo de la 3ª Sala, que era la más tenebrosa, le dijo:

—Pues se asegura que no habrá reelección.

—*Nequaquam*, exclamó el Licenciado ......¡Nunca!

No obstante la seguridad aparente de esos hombres, y á pesar de sus constantes baladronadas ante los extraños, el caso es que no las tenían todas consigo, y andaban espiándose recíprocamente, consultando fisonomías y auscultando la Sala de Acuerdos para saber á qué atenerse....

El rumor de un cambio inminente, seguía recorriendo la capital y ya repercutía hasta en las más lejanas cabeceras.

Las elecciones estaban al caer, y todavía ninguno preveía el resultado, porque el General Aceituno guardaba impenetrable silencio.

Por fin, un día, ó, por mejor decir, una noche, convocó á los predilectos de su círculo, para lo cual no hizo otra cosa, ni tuvo mayor trabajo, que llamarlos de la sala de Doña Claudia, al despacho particular....

—Ya saben ustedes, les manifestó, que soy *síncero* y franco también.....Quiero hablarles claro, porque soy amigo de mis amigos y no tengo doblez ni soy de los de esto callo y esto cuento....Las cosas cambiarán. No puedo seguir en este puesto donde tanto he trabajado y sufrido....

Me voy....Soy hombre de filas y no de política, ni intrigas ni combinaciones. Cuando era yo zapador, lo confesaba *sinceramente* y sabía batirme al puro...... corazón. Pero esto de chismes y cuentos ....me mata. Ya me enfermé....Quedará, *estoy seguro de ello*, el Coronel Don Juan Antonio Alcornoque. Yo no le haré política como me hizo Armadillo....sino, seré amigo y los recomendaré á ustedes mucho también....De todos modos, este es un triunfo, porque yo temía que resultara electo Armadillo. Ya viene el Coronel Alcornoque para fundar clubs... .. y todo. Si ustedes quieren, lo ayudan, si nó, nó.

—Pero.....señor. ¿Es posible?

—¿Dejaremos la obra regeneradora á medias?

Y el General escuchaba emocionado tales lamentaciones, diciendo para su capote:

—Creen estos pobres que me voy con toda mi voluntad, y no adivinan que, si pudiera, aquí me quedaba por los siglos de los siglos.......

Una semana después, apareció *en el estadío de la prensa local* "El Voto Público," órgano del "Comité Central Electoral" que postulaba para "Gobernador Constitucional" de aquella "Entidad Federativa," en "el próximo cuatrienio," al "pundonoroso y valiente militar," al "aguerrido jefe" al "integérrimo y probo ciuda-

dano," al "denodado patriota" C. Coronel D. Juan Antonio Alcornoque.

Redactaban aquel semanario (que era, como otros muchos de su especie, planta de todos los comicios,) los señores Lic. Don Genovevo López, Lic. Don Ulpiano Rábula, el diputado Bermejo, Ampula y otros de nueva colada.........................
....



CAPITULO XXIV.

Funcionan los eternos cubos de noria y hay una situación que se derrumba.

EL día señalado por la ley, verificáronse las elecciones locales, sin que el orden se turbara un punto y *conservándose inalterable la tranquilidad pública*, (según dijo el "Periódico Oficial") *en todos los distritos y municipalidades del Estado.*

El Coronel Don Juan Antonio Alcornoque resultó electo unánimemente para regir el timón de la nave consabida; el candidato fué recibido con arcos de triunfo, salvas, discursos, serenatas y fuegos; la adulación y la lisonja cambiaron el rumbo; Don Faustino Alegría ordenó á sus huestes que vitorearan al futuro Gobernador; los grupos de postulantes se acercaron para recibir el calor del "sol naciente;" el General Aceituno vió *hacerse el vacío* á su alrededor, y diarios y bocas públicas pregonaban "una nueva era de ventura" para aquella "rica y fértil porción de la República Méxicana."

Poco á poco fué siendo menos concurrida la casa del Sr. General y más esca-

sas sus visitas. Don Genovevo López.... andaba acatarrado. ....Rábula pretextaba que las sentencias del Tribunal Superior no le dejaban tiempo disponible para otras atenciones.

Ampula.....¡también indispuesto!.... Bermejo, cuyas pretensiones hacia Claudita adquirieron forma determinada y se encaminaban por la vía del matrimonio, recogió velas en un momento y daba como razón de no persistir en sus propósitos, el estar mal en ciertos negocios particulares.

Sólo Rodríguez Istiércol y Pérez, permanecían fieles al General: éste por el carácter de sus funciones, el otro por su instinto de parásito que no le permitía abandonar al ser que le daba vida.

—¿Qué haré yo cuando usted se vaya? le preguntó al General su acongojado ayudante.

—Me acompañarás á México; allá procuraré *sacar* un ascenso para tí....

La víspera de la entrega del gobierno, el Sr. General dispuso lo relativo á su separación. Dió instrucciones á López, *dité* las cartas de despedida á sus amigos, conferenció con el magistrado Rábula y llamó al tesorero Rapiña para tomar los últimos informes sobre la Hacienda Pública.

—¿Cuánto queda en caja? interrogó al tesorero.

—Ni un centavo, señor.

—¡Muy bien!......¡Pero que vean las mejoras!

Hecha la renovación de poderes en la forma legal, y pasadas las fiestas y jolgorios de costumbre, la familia del Sr. Don Candelario, se marchó á Villa Aceituno, mientras el atareado General, ultimaba sus arreglos para emprender el viaje á la metrópoli.....

—¡Fuera!....¡fuera! decía. Quiero salir cuanto antes....¡Esto *jiede!*.........

....

Una madrugada nebulosa, fría, triste, ...dejó el célebre y nunca como se debe encomiado General, aquella vieja población que había sido teatro de sus famosas proezas, seguido el ex-Gobernador de su inseparable Ayudante Rodríguez Istiércol, tomó el camino de Villa Aceituno para unirse á su impaciente familia y dirigirse á la Gran Tenoxtitlán.....

Pérez nada más fué á darle las gracias por su nombramiento de Pagador de la Fuerza de Seguridad, que Aceituno había conseguido.....No hubo cortejos, ni manifestaciones de simpatía, como en otras épocas, ni testimonios de afecto, ni promesas de *eterna gratitud*.....

Iba mi buen Don Candelario por árida llanura pensando en la volubilidad de las cosas mundanas y en la proverbial ingratitud de los hombres, cuando el Ayudante Rodríguez se acercó á su jefe

y le dijo con voz y acento de verdadera ternura:

—Anímese, mi General, olvide los *tijes manijes* del gobierno y cuénteme aquella grande *aición* de Barranca Honda.

A este recuerdo se reanimó el espíritu del valeroso Aceituno, recobró el perdido aliento de viejo guerrillero que tanto lo había distinguido, y tosiendo fuerte para disimular un suspiro indiscreto, principió (creo por la milésima vez) su conocido relato: "eramos pocos y se trataba de echar pie á tierra para formarle al enemigo, con machete en mano, una *contra emboscada*..... "

Entre tanto, ese mismo día salió á luz en el Periódico Oficial el siguiente suelto confundido entre la gacetilla ordinaria:

«El ex-Gobernador del Estado.»—"Hoy debe haber salido con rumbo á la "capital de la República, el señor Gene-"ral Don Candelario Aceituno. Le desea-"mosfeliz viaje....

Instalado en México Don Candelario, ocupó dos ó tres años el magnifico edificio que compró cerca del paseo de Bucareli.

Llevaba la vida del «boulevard» y se le veía frecuentemente en las calles de Plateros...
....

CAPITULO XXV.

Postrimerías del General D. Candelario Aceituno y lucha descomunal y heróica entre los espíritus de la luz y de las tinieblas.

NO era posible (ni había motivos para ello) que una personalidad tan distinguida como la de Aceituno, cayera para siempre en las simas horrendas de la desgracia política. Había rodado mucho por la pendiente abajo; pero quedóle firmísimo sostén que le impidió llegar hasta el fondo del infierno administrativo que se llama la cesantía.

Don Candelario, sometido al orden regular de las cosas y de los hechos, ocupó la ordinaria curul en el Senado, y en ese limbo, quieto, solemne, tranquilo; en ese respetable santuario de la ley que frecuentemente sirve á las glorias efímeras como fatal antesala del olvido; en esa "galería de pasos perdidos," último descanso para llegar al panteón de los hombres prominentes, nuestro General vivió sus postreros años, votando decretos, tomando agua con azucarillos y departiendo amigablemente, con viejos y jóvenes compañeros.

Y hasta en ese templo sagrado se distinguió Aceituno, formando parte de algunas comisiones y presidiendo, tal cual vez, las arduas labores de tan alta y honorable asamblea.

Un día nefasto (no hay hombre sobre la tierra que no lo tenga) se acordó en los insondables destinos de la Providencia, que el denodado General Don Candelario Aceituno, debía "causar baja" en las filas de los humanos.

Y ese decreto inviolable, contra el cual no había "recurso de amparo," ni apelación posible que interponer, se le comunicó al señor Aceituno por "conducto" de la ya conocida enfermedad cardiaca, que nuestro personaje padecía.

Don Candelario guardó cama por última vez, y fué asistido en su mal por las lumbreras que más humo dan y más luz esparcen entre toda la facultad médica de la metrópoli.

Los doctores fruncían el entrecejo y se mordían los labios, después de examinar el cuadro sintomático del enfermo; todos lo auscultaron atentamente, y todos se tragaron el pronóstico negro y espontanearon únicamente las atenuantes que *el caso* podía ofrecer.

El amor es adivino, y la familia de Don Candelario, presintió lo que la ciencia por verdadera compasión le ocultaba.

Una tarde (la premura del negocio lo requería así) se trató en consejo de fami-

lia, previas ciertas indicaciones concluyentes del médico de cabecera, se trató, digo, de que nuestro hombre debía trabar cuentas con su conciencia y "arreglarse" y "prepararse" para franquear los linderos de la eternidad.....

¡Gestión espinosa y complicada!...... ¿Cómo se iba á destruir en pocos minutos el firme baluarte de las ideas liberales, amasado con la sangre del paciente, defendido por él con la espada en la mano en las luchas heróicas por la Libertad y la Reforma?....

Pero lo que no pudieron la amistad, ni el convencimiento de los hombres, lo consiguieron en un santiamén la ternura y las lágrimas de la esposa y de las hijas....

—Pues al hecho, pecho.... dijo el General...... lo que se ha de empeñar que se venda.... ¡ándenle pronto! ¡carancho! porque, si me arrepiento.... ¡ni á melón me sabe el cura!.... ¡Que éntre *lueguito* ese ciudadano!

Un sacerdote, anciano, frío, impasible, de mirada mortecina, al que se había sacado del Colegio de Mascarones, un jesuita, según la fama, penetró en la alcoba del enfermo.

El General miró al padre como un gladiador, vencido ya, caído en la arena, que pretendiera hacer el último esfuerzo en la lucha, intentar el último asalto. El ministro de la Iglesia, inclinándose ligeramente, saludó; por medio de una leve

indicación ordenó que lo dejaran solo con el moribundo y se acercó al lecho, demostrando la seguridad y firmeza del vencedor ante el rendido..............

....

Quietud, silencio turbado por rumor de voces en el cuarto de la expiación; una voz insinuante, persuasiva, la otra entrecortada, honda, pronunciando palabras monosilábicas...... Algún grito, quejidos.... el ritmo del ansia, cuyo susurro se asemeja al soplo desesperado con que se alimenta un fuego próximo á extinguirse..............................

....

Domitila, una de las hijas del General, violó, un rato después, la consigna del secreto; entreabrió la puerta de la alcoba, y vió al sacerdote frente al enfermo; éste casi incorporado en el lecho, con la vista fija, las pupilas dilatadas..... El padre, con una mano enjugaba suavemente el sudor que humedecía las sienes del moribundo y las lágrimas que habían corrido de sus ojos; con la otra mano ayudaba á la convulsa del agonizante á sostener un crucifijo.

Pocos momentos transcurrieron así. Salió el ministro del altar. En su semblante, una ráfaga de alegría se vislumbraba ligeramente á través de su máscara serena de imperturbabilidad.

—Está en camino del cielo, dijo. Bendito sea el santo nombre de Dios.

Y, tras de hablar largo rato, en sigilo, á Doña Claudia, pasaron á otro cuarto y de allí salió el sacerdote llevando un bulto, y guardando unos papeles y una hoja de pergamino con sellos y signos simbólicos......

Rodríguez Istiércol, á quien su dolor no impidió curiosear los actos del reverendo padre confesor, advirtió que los objetos entregados por Doña Claudia al sacerdote eran unas medallas de forma rara, y una banda ó collarín, con figuras de oro, y una cruz extraña en el centro.

—¡Ah, exclamó, yo creía que eran la banda y las condecoraciones de mi General! No es más (le dijo á la recamarera) que la *insinia* de Soberano Príncipe Rosa Cruz de la Masonería............

....

....

....

Pasó media hora más, media hora de congoja suprema.... Un grito estridente, un grito arrancado de lo más profundo del alma, fué la señal de que todo había concluído. A esa primera manifestación de dolor que condensa y resume el desquiciamiento brutal de todo lo que se adora en el mundo, á esa explosión del espíritu que sólo se escucha en sus más horribles y conmovedoras sacudidas, siguió una larga serie de transportes del más hondo desconsuelo...............

. . . .

. . . .

El ayudante y las criadas acudieron con presteza á la cámara doliente. Otro sacerdote entró llevando los Santos Oleos y seguido del sacristán con la caldereta é hisopo de ritual. Pero todo era inútil ya, y sólo presenciaron la escena triste y cruel que se representa en el hogar, cada vez que el alma de un sér querido rompe sus ligaduras invisibles con la materia para lanzarse á un mundo desconocido.

El General Don Candelario Aceituno había dejado de existir. . . . .

. . . .

El barro, animado un día por el hálito divino, tornaba á su primitiva miseria. . . .

* * *

En el salón principal de la casa se improvisó la capilla ardiente; vistió el fiel Rodríguez el cadáver de su General, y las honras fúnebres y sepelio se verificaron sin más pompa fúnebre que las indispensables, dado el rango y gerarquía que había tenido el que ya era difunto.

Ningún periódico habló de la muerte del General, sólo un diario de carácter claramente ultramontano, dedicó este luctuoso y compasivo suelto de gacetilla corriente:

DEFUNCION.

"El día 16 del que cursa falleció en el "seno de Nuestra Santa Madre la Iglesia "Católica, Apostólica Romana, el ameri- "tado General Don Candelario Aceituno, "quien desempeñó importantes y eleva- "dos puestos en la administración públi- "ca. Liberal de combate y energías, fué "el señor Aceituno; pero supo á tiempo "enmendar sus yerros y volver sus ojos "á las eternas verdades de nuestra sa- "crosanta y única verdadera religión, de "la cual, por una ofuscación propia de los "errores de la época, el señor General se "había desviado.

"Dios tenga en su celestial mansión á "tan buen cristiano, y conceda la tran- "quilidad y el consuelo necesarios á su "piadosa y con justicia apesarada fami- "lia."

EPILOGO.

LOS empleados que tuvo el General, continuaron en sus puestos, ó en otros que adquirieron por su *adhesión* á las nuevas administraciones. En cada una de ellas censuraron acerbamente los actos de la Administración anterior, y ningún gobernante de los que sucedieron en el poder á Don Juan Antonio Alcornoque, dejó (¡lo que es el poder de las lisonjas!) sin el correspondiente turrón, ni á López, ni á Bermejo, ni á Rábula, Rapiña, Ampula y los demás.

Los oposicionistas Chicanero y comparsa, prosiguieron por muchos años su ingrata labor de mandar anónimos á los diarios de México, hasta que pudieron sacar la tostada.

En cuanto se relaciona con las señoritas Aceituno, justo es decir que, si jamás hallaron partido serio, ni en sus épocas

de esplendor, menos probabilidades tuvieron después para tomar estado, á pesar de los bienes de fortuna que les dejó el General.

Doña Claudia se entregó en cuerpo y alma á las prácticas religiosas, último refugio de las almas heridas por la desgracia.

El recuerdo del General Aceituno (¡quién lo creyera!) sólo se conserva en el seno de su familia y en el hogar pobre, pero honrado, del modesto y fiel Capitán Rodríguez Istiércol...... En la sala de su casa, en el sitio de honor donde puso los retratos de Hidalgo, Morelos, Juárez, Zaragoza y el General Díaz, allí colocó también el de su gran protector, el de su jefe y amigo, del hombre que lo ascendió á Capitán y que no pudo hacerlo cosa más grande todavía, porque lo estorbó la pérfida y terrible parca, esa maldita deidad que frustra los designios más nobles y deja á medio camino las carreras de los hombres de bien.

Los restos del General yacen, desde tiempo ha, en el Panteón de Dolores, bajo una tumba sin más trofeo que la corona de siemprevivas, llevada por la familia

del finado..... Allí goza de la perpetua paz, el polvo deleznable y la paveza inútil de aquel hombre de Estado al que se le llamó ***integérrimo*** y ***grande*** y ***patricio***, sin que sea probable, á pesar de eso, que sus cenizas sean trasladadas á la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Si Dios me concede vida, y á los lectores mayor paciencia, día llegará en que lean las "Memorias del General Aceituno" que pienso publicar, andando el tiempo.

México, Junio, 1901.

M. H. San Juan.



INDICE.

Págs.

Págs.

Págs.

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

que se publicarán próximamente

"Memorias del General Aceituno,"

"Empleología"

